

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 449

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Inauguración de la estatua de Carlos Alberto en Turin; grabado. — Revista española. — Exequias de Abdul-Medjid é intronización de Abdul-Azis; grabados. — Revista de Paris. — El 15,700. — Exposición de 1861; grabados. — ¡Todavía! — Negociaciones matrimoniales. — Matilde de Wallenstein. — Reconocimiento del sultan Abdul-Azis por la escuadra francesa; grabado. — Espada ofrecida al general Garibaldi; grabado. — Inauguración de la estatua del baron Thenard en Sens; grabado. — El cañon revolver; grabado. — Tropas federales americanas sorprendidas por los separatistas; grabado. — Bolivia. — Revista de la moda. — El oro del Rhin; grabados.

## Inauguración

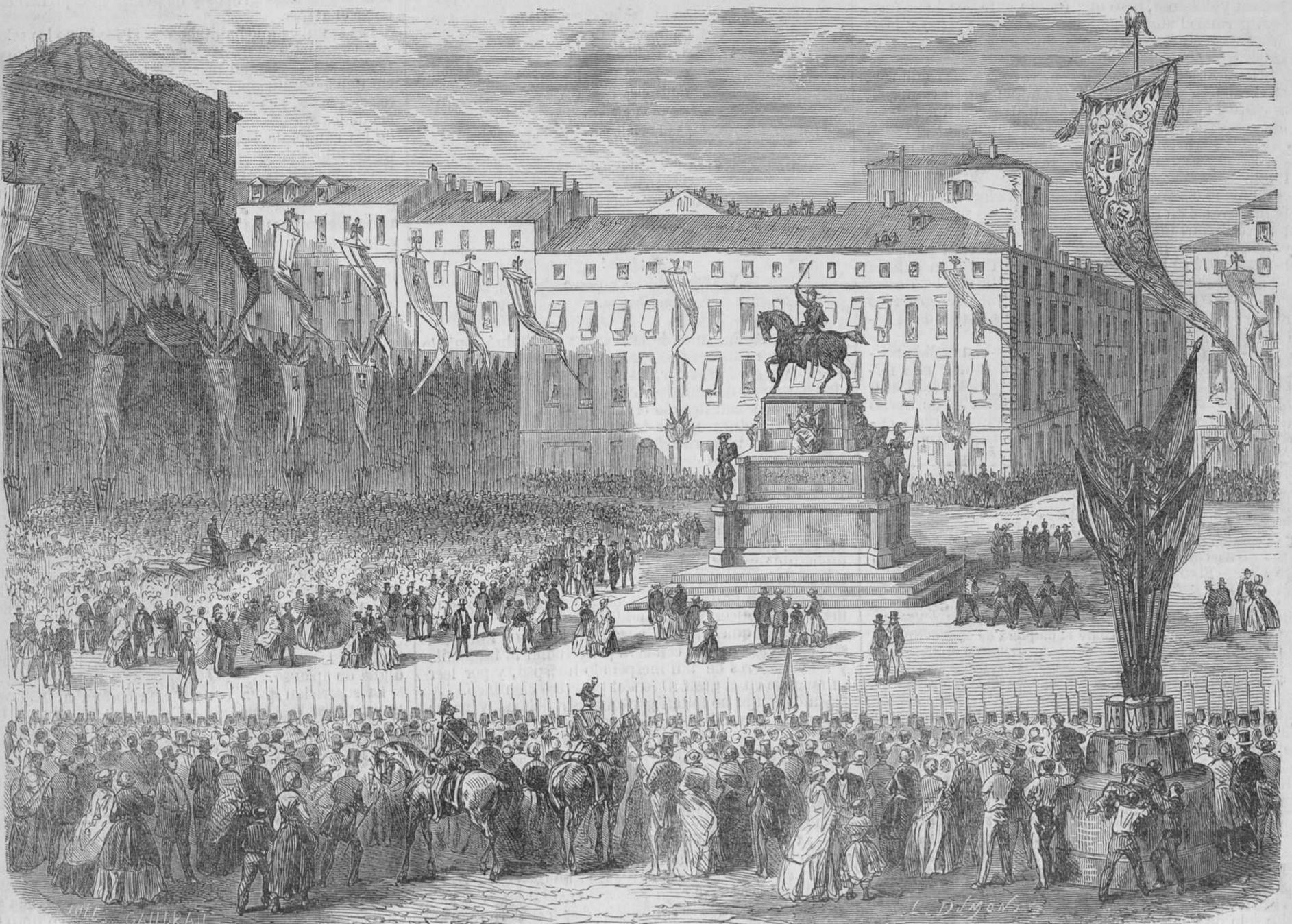
DE LA ESTATUA DE CÁRLOS ALBERTO EN TURIN.

El 21 de julio último se inauguró en Turin la estatua de Carlos Alberto. La ceremonia fué pomposa y solemne, y el baron de Ricasoli, presidente del consejo, pronunció el siguiente discurso :

« Alteza real, señoras y señores : Este monumento que la gratitud y la admiracion de los pueblos subalpinos dedica al magnánimo rey Carlos Alberto que habiendo dejado su corona en el campo de batalla de Novara, bajó del trono donde no creia ya poder servir á la Italia, y en el doloroso destierro de Oporto acabó sus dias en-

tristecidos por los males de la patria, pero llenos de esperanza para el porvenir, este monumento se inaugura hoy en el momento en que el destino de Italia, preparado por él, llega á su madurez, y en que de todos los puntos de la hermosa península somos llamados á coger con júbilo la mies que habia sembrado en medio del dolor.

Italia, pensamiento y objeto predilecto que inspiraron y animaron toda su vida, Italia entera está hoy presente en esta solemnidad para rendir homenaje á la memoria del que recuerda. Italia era un nombre, y hoy es una realidad, siendo en gran parte obra suya este nuevo engrandecimiento. ¡Gloria pues á Carlos Alberto el Magnánimo!



INAUGURACION DE LA ESTATUA DE CARLOS ALBERTO EN TURIN.

A la presente generacion estaba reservado el honor de llevar esta empresa al punto donde se encuentra, y a ella toca la obligacion de completarla. Este generoso monarca nos da para llevarla á cima su vida como ejemplo, como prueba y como estímulo.

Nacido cerca del trono cuando Italia y toda la Europa acataban la voluntad de un poderoso conquistador, aprendió en la calma de una vida casi privada los deberes de ciudadano y de hombre, y vió cuán miserable es la condicion de un pueblo que no tiene nombre, prosperidad ni fuerza cuando la division impera en su gobierno, en sus instituciones y en las almas.

Ningun monarca tuvo nunca un pueblo mas apto que el noble pueblo piomontés para comprender y secundar los grandes pensamientos: sobrio, probo, disciplinado, valiente, tan impasible en la desgracia como en la prosperidad, pronto á los sacrificios, capaz de toda abnegacion sublime, obediente á la voz del honor y lleno de amor hácia sus reyes, que son á un tiempo su orgullo y su gloria, debia ser en las manos de Carlos Alberto el instrumento mas propio para restaurar la nacion y darle los mas duraderos cimientos. Así pues, cuando sonó la hora de las santas batallas, aquel rey y su pueblo se encontraron prontos y armados para entrar en el palenque. El rey, despues de dar á su pueblo plena libertad para todo, excepto para el mal, despues de enarbolar la bandera italiana y llamar á todos los pueblos de Italia á agruparse en torno de aquella bandera, se arrojó lleno de ardor á la pelea y le siguió su pueblo; pero, ¡ah! le siguió solo, ó casi solo. Los príncipes vasallos del extranjero que gobernaban el resto de Italia no habian enseñado á sus súbditos á comprender la libertad ni á manejar las armas. Era la primera vez que un monarca italiano guiaba un ejército italiano contra los enemigos de Italia, combatiendo en nombre de Italia y por Italia.

Carlos Alberto merece por esta accion, por esta sola audacia, la admiracion y la gratitud de la posteridad. Sin embargo, se pudo esperar que la fortuna seria propicia á la gran prueba y que una vez al menos se dignaria conceder y apoyar el buen deseo. Goito, Mozambano, Peschiera y Pastrengo abrieron el alma á esperanzas que mas adelante quedaron frustradas. Débiles en número, pero no de alma y de valor, el rey y su pueblo generoso intentaron de nuevo la prueba de Novara, pero fué fatal. El monarca magnánimo hizo entonces el último sacrificio á su patria.

Para que las fuerzas necesarias á las batallas del porvenir permaneciesen intactas abdicó la corona, y emprendió el camino del destierro, ciñendo con su corona esa frente augusta que habia visto siempre impávida donde la lucha era mas encarnizada, y que amaba porque brillaban en ella las virtudes y el valor paternales.

El monarca proscrito legaba á su hijo una herencia pesada y dolorosa, pero que no era superior á sus fuerzas, porque el amor que le profesaba su pueblo y la fe que tenian en él los italianos, aleccionados ya con tantas desgracias, debian aligerar su peso.

Carlos Alberto no era ya rey, pero era mas que rey, era el mártir de Italia, así como habia sido su campeón, y sobre su cabeza sagrada se reunian y consumaban las últimas expiaciones que Dios habia impuesto á la Italia. Carlos Alberto bajaba del trono siendo el último rey de Cerdeña, y moria en Oporto siendo el primer rey de Italia.

Su firme perseverancia en sus sagrados designios, su fe inalterable en el destino de la patria, su valor, sus padecimientos inspiraron á Italia la prudencia y la concordia que no habian podido encontrar sus primeras pruebas. Así se han rehabilitado en la opinion pública de Europa, se han granjeado las simpatías de las naciones, y han merecido tener por aliado al mas generoso de los monarcas y por auxiliares á los soldados de la nacion mas valiente del mundo.

Finalmente, 22 millones de italianos han podido reunirse en un solo pueblo, y pasando á formar una nacion, han dado á la lealtad y al valor de Victor Manuel II la corona de Italia. ¡Han sido oidos los votos de Carlos Alberto! Su recuerdo, sus virtudes nos inspirarán y enseñarán el medio de realizarlos completamente.»

### Revista española.

Una opinion de Xenofonte. — Los caprichos de las mujeres. — Me declaro en favor del miriñaque. — Una heroína... en verso. — El cometa. — Conversación de dos vecinas á propósito del cometa. — Censo de la temperatura. — El verano. — Sus noches. — Las épocas mejores del año. — El cometa nos ha robado este año algunos de los atractivos del verano. — Teatro de la duquesa de Medinaceli. — Coronas para Adelardo Ayala. — Anuncios de obras teatrales. — Música. — Baños y bañistas. — Viaje de los reyes á Santander. — Festejos. — Dichos agudos de la reina.

Xenofonte dice hablando de la mujer: « Sus mayores defectos son sus caprichos. » Yo creo lo contrario, los caprichos son en ellas un atractivo mas, pero es porque por regla general sus caprichos revelan las dotes de su alma, y además porque — un refrán muy antiguo lo enseña, — porque lo que la mujer quiere lo quiere Dios. En su tiempo podía muy bien tener razon el bueno de Xenofonte, pero lo que es en el nuestro, la opinion que he emitido es la mas racional; y si no que lo digan mis lectoras. Apuesto á que no hay una que no piense como yo.

Pero no me propongo desarrollar la tesis que he sentido: solo he querido consignar que me gustan los ca-

prichos de las mujeres, y entre sus caprichos, el que mas ha dado que hacer á los periodistas de todas las naciones en donde se halla en uso, el capricho que mas incomboda á los maridos, el de ir huecas.

¿Dónde hay nada mas bello que un miriñaque cubierto por una hermosa falda de raso ó de linon?

Digan lo que quieran los filósofos (casi todos los maridos lo son) satiricen cuanto les plazca los poetas satíricos, yo estoy por un buen miriñaque.

Como estoy seguro de que mis lectoras tienen tan buen gusto como yo, para dar principio á mi revista del mes de julio, voy á reproducir unas seguidillas bastante lindas que ha escrito recientemente un amigo mio, y que son un canto al heroísmo de una mujer que defiende á toda costa su crinolina, anteponiéndola al amor, á las caricias, á todo.

Hélas aquí:

— Niña de lindos ojos,  
De ojitos negros  
Cuyos rayos me abrasan  
De amor el pecho,  
Deja que diga  
Callando, callandito,  
Que eres mi vida.

Deja que enamorado,  
Bella morena,  
Contándote mis ansias  
Siga tu huella,  
Que toque...

— ¡Dale!

¿No ve usted que se arruga  
Mi miriñaque?

— Esbelta es tu cintura  
Como la palma  
Y el fuego de tus ojos  
Mi pecho abrasa:  
Es tu cabello  
Como seda tejida  
Con terciopelo.

Deja niña hechicera  
Que enamorado  
Al iman de tus ojos  
Siga tus pasos;  
Que toque...

— ¡Dale!

¿No ve usted que se arruga  
Mi miriñaque?

— Son tus labios capullos  
De frescas rosas  
Y embriaga al alma mia  
Su suave aroma,  
Y tus megillas  
En colores con ellos...  
(suspirando) ¡Ay! rivalizan.

Deja, niña adorada,  
Que en mi delirio  
Al exhalar de ellos  
Dulces suspiros,  
Bese tus...

— ¡Dale!

Váyase usted y no arrugue  
Mi miriñaque.

Los acontecimientos de Loja que ya os habrá contado el *Correo de Ultramar* político, los preparativos del viaje de los reyes á Santander, los episodios de este viaje y las noticias de las diversiones de los baños de las provincias Vascongadas han llenado el mes de julio.

Ni la literatura, ni los teatros han dicho *esta boca es mia*, y si no hubiera sido por los sucesos de que os hablo y la aparición de un cometa, el prosáico calor hubiera dado asunto á todas las conversaciones de la Heroína Villa.

En otros tiempos se hubiera mirado el cometa como precursor de catástrofes nunca vistas y de sangrientas guerras. Hoy la mayor parte de las gentes en quienes el espíritu de ilustracion ha despertado el buen sentido, le contemplan hasta con indiferencia, solo por satisfacer su curiosidad natural, sin detenerse en comentarios ni malos pronósticos, y solamente los sabios de todas las naciones, á quienes está encomendado este ramo del saber humano, velan con afán por estudiar la fisonomía y los caracteres de tan inesperado huésped, y por leer su nombre en el gran libro del progreso científico.

Sin embargo no faltan gentes supersticiosas, y yo he oido el siguiente diálogo que á pesar de su carácter chabacano, lo transcribo para que vean nuestros lectores americanos que en todas partes cuecen habas.

— Diga Vd., señá Rita, decía una vecina á otra desde ventana á ventana en una de las calles del barrio bajo de esta corte, ¿qué opina Vd. de la aparición del cometa?

— ¡Ay! no me hable Vd. de eso; ¡si tengo un miedo que no me llega la camisa al cuerpo!

— Pues oiga Vd., vecina: mi hijo ha oido decir en la escuela, que la *estrella con rabo* anuncia hambre.

— ¡Calle Vd., señora! ¡Cómo ha de ser eso! ¡hambre! Si dicen que este año es abundante la cosecha.

— ¡Qué tonta es Vd.! ¿Qué importa que se coja mucho trigo, si se les antoja á cuatro usureros que suba á cien reales la fanega?

— Atienda Vd., mi *mario*, que madruga mucho, dice que por la mañana la *cola* chorrea sangre, y que eso anuncia guerra.

— Pues miusté, pue que tenga razon, anoche oí yo decir que los embajadores de Siam que han llegado á Paris, son unos hipócritas que vienen á tantear el terreno para declararnos la guerra. Dicen que son antro... antromocópofagos, ó antro... antropófagos, que se comen vivos á los hombres.

— ¡Jesus! ¡Jesus! vecina, me voy á rezar la novena. Con que buenas noches.

— Hasta mañana, señá Rita, que no haiga novedad.

Esta conversacion edificante se ha repetido con variaciones en todos los barrios bajos de Madrid. Pero lo indudable es que la aparición del cometa ha influido en el descenso de la temperatura, pues solo así se concibe que hayamos tenido frío en pleno verano.

Esto es un mal para los que ven las cosas por su lado novelesco. ¿Quién duda que las apacibles noches de estío son muy fecundas en incidentes de novela? ¿Quién ignora que al cambiar de decoracion y de trajes nuestra sociedad no ha cambiado de espectáculo, representando siempre la gran *comedia humana* que Balzac puso en acto y que los actores interpretan en cuadros? ¿Quién no sabe que el Prado, la Fuente Castellana y la plaza de Oriente son como en el invierno los salones y teatros, escenarios donde se representan al natural las pasiones y los sentimientos, donde mueren las ilusiones y nacen los desengaños, donde se olvida ó se recuerda, donde se rie ó se llora?

Durante los dias calorosos se empieza á vivir á la hora de los crepúsculos y se vive por la noche. ¿Para qué queremos el dia? La noche es otra cosa, las brisas despejan la pesada atmósfera en que respiramos, las misteriosas habitaciones que han tenido cerradas sus puertas para librarse de los rayos del sol se abren, las calles desiertas se pueblan de mujeres hermosas que dirigiéndose á un mismo sitio, parecen acudir á una cita de amor engalanadas con todos sus encantos, para eclipsar las unas á las otras.

Las elegantes carretelas conducen en sus mullidos almohadones á las aristocráticas damas, que con su gracioso abandono y sus flotantes trajes blancos como la espuma ó sonrosados como las luces de la aurora, fascinan presentándose á la imaginacion como las fantásticas apariciones de un sueño delicioso, ó como las espumosas ondas del mar que reflejan el resplandor de los luceros; un confuso rumor resuena por todas partes, las músicas populares, los pianos de los cafés dan colorido á este rumor, y un instante despues, los paseos están llenos de graciosos grupos y de gentes que prefieren andar á sentarse.

Las tertulias que habitaban en el invierno los salones y los gabinetes se trasladan al Prado; los tés aristocráticos se convierten en helados á las puertas de los cafés, sin que los anfitriones y sus convidados desciendan de los carruajes. Las alegres ramilleteras venden la herencia de los floridos dias de mayo, y las noches son dignas de los idilios de Thompson. ¿Porqué odiar al verano si tiene sus atractivos? ¿Porqué desear que nos abandone? ¿Acaso podríamos vivir sin los contrastes? El invierno es horrible; los vientos de las sierras matan; pero la nieve con su blancura es bella, y las veladas del invierno convidan á meditar. Las alegres mañanas de primavera, las melancólicas tardes de otoño y las noches de estío, completan los encantos de la vida.

Sin embargo, el cometa nos ha quitado este año parte de los atractivos con que nos convidan las calorosas noches; pero en cambio algunos salones aristocráticos demasiado perezosos han despertado en los primeros dias del mes, antes que la corte abandonara á la corte, un vivísimo interés.

Los duques de Medinaceli han inaugurado en su palacio un teatro, que el invierno que viene está llamado á reunir en los salones de la Carrera de San Gerónimo la sociedad mas escogida de Madrid.

La duquesa, la marquesa de Villaseca, Ventura de la Vega, el duque de Frias y otros varios personajes de nuestro mundo elegante, representaron tres comedias, *Un año en quince minutos*, *el Maestro de baile* y *la Mascara reconciliadora*, con una maestría que muchos de nuestros principales actores hubieran envidiado.

El invierno próximo asistiremos en este elegante coliseo á algunas de las comedias de Lope de Vega, de Calderon y de otros autores aunque sean modernos y desconocidos.

Decididamente, los duques de Medinaceli se proponen proteger las letras y las artes, y esta conducta es muy digna de aplauso.

La suscripcion para costear una corona al inspirado poeta Adelardo Ayala, asciende ya á 1,000 duros. Las señoritas de Guadalcanal, pueblo de Extremadura donde nació el poeta, han tejido otra corona de flores para enviársela á su distinguido paisano.

He dicho que los teatros permanecen mudos, pero no así los que conocen sus misterios.

El próximo año cómico promete ser animado: para el teatro del Príncipe se escriben en estos momentos varias obras; y el empresario de la Zarzuela cuenta ya con obras suficientes en número para llenar la temporada, si todas obtienen el éxito que es de esperar del buen nombre de sus autores. Barbieri tiene ya entregada su zarzuela en tres actos, *el Tesoro escondido*, cuyo libro es un arreglo hecho por el señor Vega de la ópera cómica

el *Postillon de Longjumeau*; Arrieta va á terminar la música de otra zarzuela en tres actos que se titula *el Agente de matrimonios*; Gaztambide escribirá, por lo menos, dos zarzuelas en tres actos que ya tiene en su poder.

Además se preparan para la temporada próxima la última producción del célebre Scribe, *la Circasiana*, ópera cómica, con música de Auher, y *Stradella*, música de Flotow, el inspirado autor de *Marta*.

Se han inaugurado dos *cafés líricos* mas; y los aficionados á la música quedarán satisfechos con la compañía de ópera que cantará la próxima temporada en el Teatro Real. No así los que quisieran que en el Prado ó en cualquier otro paseo público ejecutasen piezas musicales alguna que otra noche las bandas de la guarnición. Pero sabido es que durante el verano emigra la animación de la capital y se va á los pintorescos baños de Deba, Arechavaleta, Santa Agueda, Portugaleta, donde los bañistas gozan de días y de noches privilegiadas.

En Arechavaleta se está publicando un periódico titulado *la Mosca*. La descripción de las fiestas á que asisten los bañistas da deseos de ir á tomar las aguas sulfurosas mas útiles para la enfermedad del fastidio que para las demás enfermedades que tienen fama de curar.

He dicho mas arriba que los preparativos del viaje y el viaje de SS. MM. á Santander han llenado el mes de julio.

Efectivamente casi toda la vida, el movimiento, la animación se han reconcentrado en Santander y en las capitales que ha recorrido la régia comitiva.

Creyendo que á mis lectores agrada saber los detalles de esta expedición por lo que tiene de pintoresca, y por otra parte reasumiendo este viaje los sucesos del mes, voy á referir sus principales episodios. De este modo cumpliré mi deber de cronista, y mis lectores americanos sabrán una vez mas como la España festeja á sus monarcas.

El día 15 salieron los reyes de Madrid dirigiéndose al Escorial, visitaron la basílica, en cuyo panteon donde se hacen los honores dos veces á las personas reales, una en vida y otra en muerte, los recibieron las infantas Doña Concepcion y Doña Berenguela. Despues pasaron al palacio, y al día siguiente continuaron su viaje deteniéndose en Villacastin, en Valladolid, donde fueron victoreados y agasajados, y en Palencia.

En este último punto visitaron los reyes la elegante catedral, admirando el riquísimo altar mayor de plata, las tablas de Alberto Durero, que adornan el trascoro, los cuadros de Coello, que se ven en la sala capitular, la rica puerta tallada del famoso Berruguete, el púlpito de la misma mano y de un trabajo exquisito, y diferentes reliquias y ornamentos de gran valor. Vieron asimismo el cadáver momificado de la reina Doña Urraca, que se conserva en la catedral, aunque, y sea esto dicho de paso, no con el decoro y la decencia que exigen los restos de una mujer, y de una mujer tan ilustre, como la heroica defensora de Zamora. Quisieron visitar la cueva de San Antolin, ó San Antonino de Pamisa, como le llama Perez del Pulgar en su *Historia eclesiástica de Palencia*; pero le aconsejaron que no lo hiciera, porque es un subterráneo mal sano. Por otra parte, esta cueva no tiene nada de particular, porque el cadáver del santo se conserva en Francia, á cuya estirpe real pertenecía, y por esto, las armas de la catedral son las lises de los Borbones, submontadas por una corona real.

Sus Majestades durmieron al día siguiente en Reinosa, y el día 20 hicieron su entrada triunfal en Santander.

El entusiasmo fué inmenso. Por toda la carrera que recorrió la comitiva se arrojó un diluvio de flores y de versos. La reina estaba sumamente conmovida y se la veía á cada instante llevar el pañuelo á los ojos; un pueblo inmenso rodeaba el coche y victoreaba sin cesar. SS. MM. se dirigieron á la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*. Hubo una explosión de entusiasmo indescriptible cuando á la salida de la catedral la reina levantó en brazos al príncipe y lo presentó al pueblo.

Las fiestas del ayuntamiento duraron los días 20, 21 y 22.

Sus Majestades atravesaron al apearse de los vagones regios, por entre dos hileras de mástiles adornados con banderolas y trofeos de útiles y herramientas y salieron al camino real pasando bajo el arco de laureles y emblemas que les dedicaba la empresa del ferro-carril. En el extremo de la segunda Alameda se elevaba un arco de airozas proporcionadas, gusto del renacimiento, fronton triangular con un arco en medio apoyado sobre cuatro columnas: — otros dos grupos de cuatro columnas cada uno unido por grandiosas celosías, formaban los costados; y en los entablamentos que corrían desde ellos hasta las columnas del arco central, se leían inscripciones en versos castellanos: como acróteras del fronton los escudos de España en el centro, de Santander á los costados repetidos en ambos frentes. — Inscripciones del lado de la carretera real:

#### Izquierda.

Puerta que labra amor es digna puerta  
Que tiene al corazon la entrada abierta.

#### Derecha.

Su llave es la virtud que dió, precioso  
De nobla y decidida timbre hermoso.

Del lado de la ciudad:

#### Izquierda.

Guarda la lealtad estos umbrales,  
Que es blason de sus hijos ser leales.

#### Derecha.

El trabajo es custodia de sus leyes,  
Prenda de paz de pueblos y de reyes.

Bajo este arco recibieron SS. MM. á las corporaciones. A lo largo de la Alameda segunda corrian guirnalda de laurel y roble, prendidas á cada árbol con una bandera de los colores nacionales; en los intervalos, entre ambas Alamedas, reemplazaban á los árboles mástiles con flámulas de diversos colores. Segundo arco triunfal á la entrada de la población en el lugar llamado Becedo: arco de gusto oriental; adornado con banderas nacionales y guirnalda de flores. La animación y el entusiasmo fueron extraordinarios.

El día 21 recorrieron las calles de la capital varios carros triunfales, pasando delante de los balcones de palacio.

Como representación marítima, veíase un lindísimo bote que ostentaba el nombre del príncipe Alfonso, que era llevado por dos briosos caballos, y que parecia tripulado por una multitud de marineros vestidos con gusto.

Como representación agrícola, llamaba la atención un carro arrastrado por dos parejas de corpulentos bueyes. — No hay para que decir que los emblemas y los frutos de la agricultura brillaban triunfalmente sobre este carro, al cual seguian un grupo de pasiegos y de pasiegas, con el traje que usan en las montañas. Llevaban los hombres el largo palo en que se apoyan para dar una especie de salto de garrocha, por medio del cual salvaban las zanja y los arroyos que encuentran á su paso. Lucian las jóvenes pasiegas ricos pendientes de coral y gruesas cadenas de plata.

Como representación industrial iba un carro, sobre el cual descansaba majestuosamente una locomotora, de la que cuidaban seis graciosos niños, en traje de maquinistas y de obreros.

Como representación del comercio y de las artes, veíanse en último término dos soberbios carros, sobre los cuales se ostentaban atributos, útiles y emblemas de uno y de otras. Estos dos carros iban ocupados por lindísimas niñas, vestidas con tanta riqueza como elegancia, y que pertenecen á las mas distinguidas familias de la ciudad.

A la comitiva real precedia un grupo de bailarines, que iban abriendo paso siguiendo imperturbablemente su baile, y cerraba el séquito otro grupo de aéreas y flotantes ninfas, que en unión de las marineras y jardineras, que marchaban intercaladas entre los anteriores grupos, ejecutaron vistosas danzas al frente de palacio, mientras el pueblo victoreaba á su reina.

Entre las iluminaciones de la bahía en las noches del 20 y 21 llamaron especialmente la atención dos vapores, una fragata, un bergantin y una goleta, iluminados por millares de vasos de colores, desde la cinta de agua hasta la perilla de los palos, produciendo un efecto mágico tanto por la bien ordenada iluminación cuanto por los reflejos que se producian en el agua, que unidos á los de las góndolas, barcos, y las infinitas luces de todos colores, dispuestas en los muelles, hacian de la bahía un vasto lago encantado de *las Mil y una noches*.

Las regatas agradaron mucho al público, y obtuvieron el premio los marineros de Castro Urdiales.

Entre los episodios de las fiestas ha llegado uno á mi noticia que merece ser repetido.

Un muchacho que alcanzó el premio de la cucaña de mar, loco de contento, prorumpió en frenéticos vivas á la reina y al príncipe de Asturias, y se arrojó al agua para llegar á nado hasta el pabellon regio; pero le faltaron las fuerzas y comenzó á vacilar. Entónces se fijó la atención en la ansiedad de la reina, y una lancha voló en auxilio del chico, tomándolo á su bordo y llevándolo al pié del pabellon que ocupaba la reina. Su Majestad arrojó al muchacho un nuevo premio, y la explosión del entusiasmo público aumentó la animación de la fiesta.

El adorno del cuartel de San Felipe ha llamado la atención con justicia. Figura una fortaleza antigua con balconaje y torreones. Sobre la barbacana de la esplandada grupos de balas y bombas, trofeos militares y los pendones de las cuatro órdenes militares; en el cuerpo del edificio un dosel con cortinajes de damasco encarnado, en el cual se leen los nombres de hechos de armas notables del regimiento en las campañas de la Independencia y de Africa, en orlas de laurel y de escudos de armas. El antepecho está adornado de banderolas, coronando todo el edificio.

El día 22 asistieron los monarcas al teatro. Se puso en escena *el Tanto por ciento*. La reina llevaba un vestido de raso y manto blancos con oro y rosas encarnadas, ostentando en la cabeza una espléndida diadema de diamantes, de cuyas magnificas piedras estaban igualmente formadas las pulseras, en una de las cuales se encerraba el retrato de su augusta madre.

Otras de las solemnidades ha sido el paseo marítimo que dieron SS. MM. el día 28.

En la isla de la Torre, donde debia hacer alto la comitiva, no se veía ni tienda de campaña, ni aparato alguno que pudiera servir al objeto indicado. Una corona real de bellísimas formas, era lo único que se divisaba en medio de un florido y ameno promontorio.

A medida que la comitiva se iba acercando iban creciendo las proporciones de la corona régia, y crecieron tanto que dentro de ella habia dispuesto un espléndido refresco, y con toda comodidad sentados en elegantes siales rústicos pudieron acomodarse los reyes y mas de treinta personas que se dignaron invitar al efecto. El

nimbo de esta corona que servia de holgada y espaciosa marquesina, le formaba una elegante verja en cuyo derredor brotaban las mas delicadas flores naturales, llenando el hueco de las piedras preciosas hermosos globos de color dispuestos para haber iluminado aquella isla encantada, si la ceremonia se hubiese retrasado algunos momentos. SS. MM. se dignaron aceptar el refresco que les estaba dispuesto, y mientras las músicas llenaban el espacio ensordecido por las entusiastas aclamaciones de aquella población que flotaba en derredor de la isla, los reyes disfrutaron las deliciosas vistas que ofrecen aquellos dilatados horizontes.

Cuando la reina entró en la tienda de campaña de la isla que en lo sucesivo se llamará *Isla de la Corona*, mandó que entrasen todas las personas que la habian acompañado.

— ¿Todas? preguntaron á S. M.

— Todas, dijo sonriendo; ¿no veis que debajo de la corona caben todos?

Este pensamiento ha sido muy celebrado como otro de nuestra excelsa soberana, que hoy se repite en toda España.

Vacilaba un hombre al empezar á andar en la cucaña, y dijo con su acostumbrada viveza:

— No llegará, porque *el que vacila, cae de seguro*.

En resumen, todo es fiestas y regocijos en Santander, y estos días de expansion durarán hasta principios del mes próximo.

Los reyes vendrán al Escorial, y despues devolverán á la corte la animación que la han quitado.

Para concluir mi revista de hoy, al mismo tiempo que os anuncio una segunda edicion de las preciosas fábulas de Miguel Agustin Principe, os citaré una de ellas que merece ser leída y recordada siempre.

Héla aquí:

#### EL MÉRITO Y LA FORTUNA.

Caminando á sol y á luna  
Con extraña intrepidez,  
Se encontraron una vez  
El Mérito y la Fortuna.  
Ambos entonces á una  
Dijeron: « ¿Quién esto vió?  
¿Quién así nos reunió  
En dulce fraternidad? »  
Lo oyó la Casualidad,  
Y exclamó riendo: « yo. »

Es muy linda, pero mas que linda verdadera.

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de julio de 1861.

#### Exequias de Abdul-Medjid

##### É INTRONIZACION DE ABDUL-AZIS.

Las dos láminas que damos en las páginas siguientes representan con toda la exactitud posible las últimas solemnidades que han tenido lugar en Constantinopla.

El primer dibujo figura el entierro de S. M. el sultan Abdul-Medjid saliendo de la puerta del palacio de Top-Capou.

El féretro que encierra los restos del difunto es de los mas sencillos y apenas va adornado con un poco de terciopelo... Los baltadjis (empleados del palacio) le llevan alzado con sus manos por encima de sus cabezas, uso consagrado para trasportar á los sultanes á su última morada terrestre.

Detrás del féretro marchan los eunucos llorando y con el pañuelo en la mano.

A los eunucos sigue otro empleado del palacio imperial que montado á caballo reparte dinero entre la muchedumbre.

A cada lado del féretro dos baltadjis llevan unas bandejas en las cuales arden perfumes.

Abrian la marcha del cortejo los gendarmes (cavas), seguidos de muchos árabes de la Meca con vestiduras blancas que cantaban plegarias en union con los baltadjis, de los cuales uno se sostenia la cabeza con las manos lanzando lamentaciones de un género particular.

Marchaban despues los dignatarios (mollah) á caballo, y detrás á caballo tambien el gran visir con los diferentes ministros precedidos de un peloton de soldados.

Así iban saliendo lentamente los despojos mortales del gran sultan Abdul-Medjid.

La segunda lámina representa la ceremonia de la entrada triunfante del nuevo sultan Abdul-Azis en la capital, con motivo de su intronización ó advenimiento al trono.

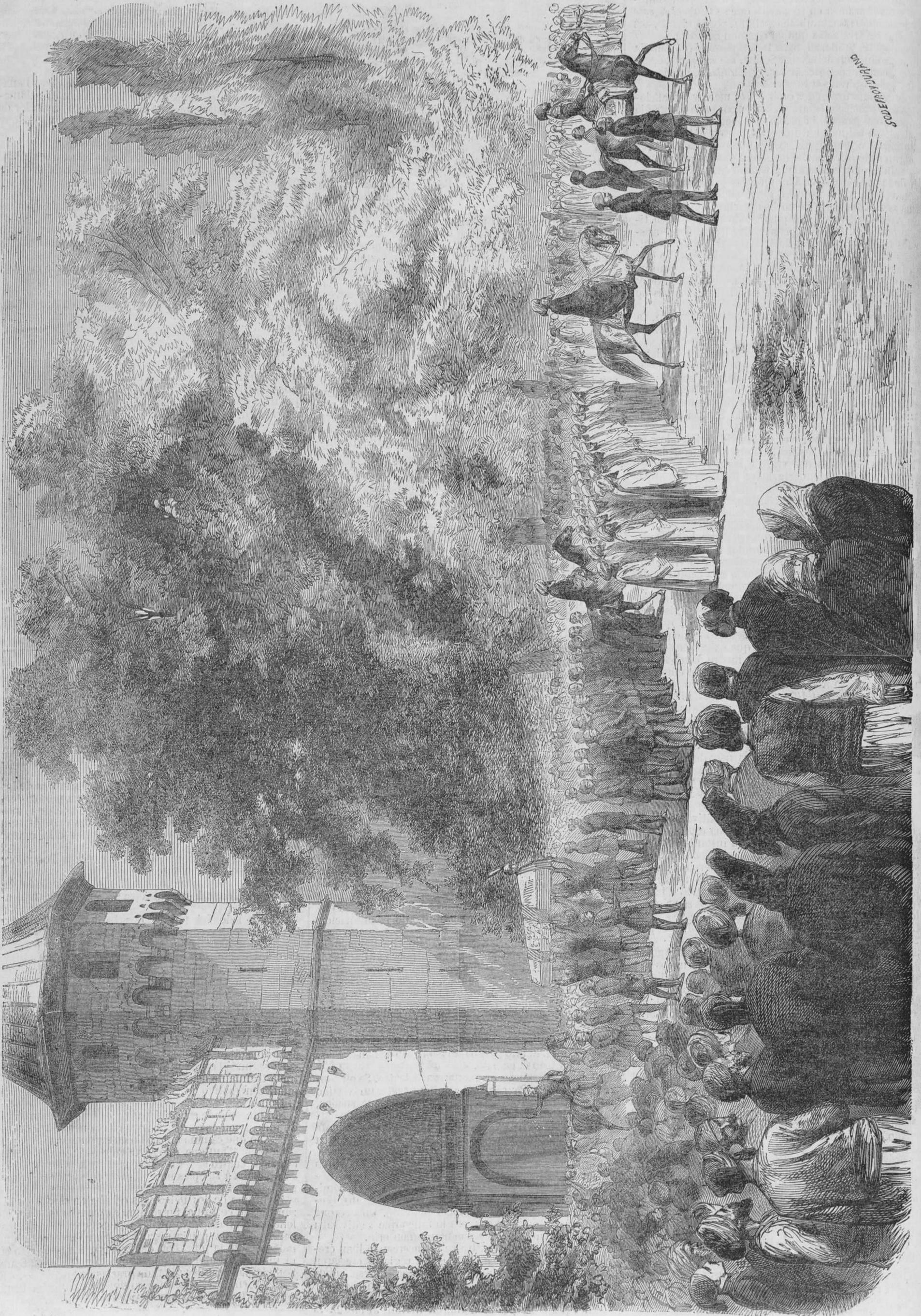
Ningun soldado está allí para mantener á la muchedumbre ávida de contemplar las facciones de su nuevo soberano que camina en medio de su pueblo.

La puerta antigua que se ve en el dibujo es aquella que hace cuatro siglos dió paso al orgulloso Mahomet II, que hollaba á sus piés montones de cadáveres palpitantes todavía.

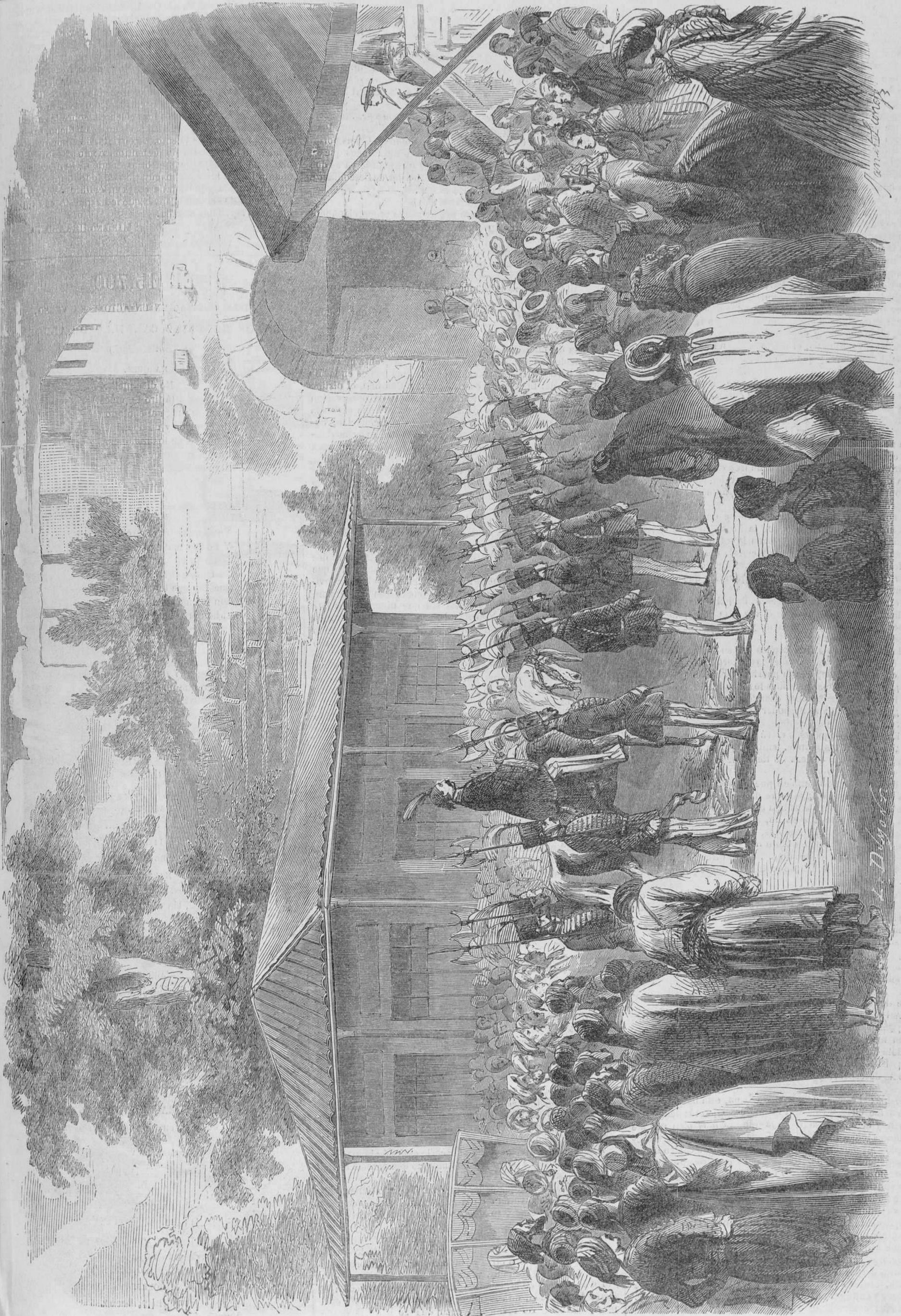
El último de los Paleólogos echaba en cara á los bizantinos su cobardía. Su sombra se paseaba pálida y silenciosa en medio de aquellos monges que en el peligro supremo de la patria discutian sobre la marcha que debia seguir la procesion del Espíritu Santo, y esto en el mismo instante en que Mahomet entonaba en Santa Sofía la plegaria de acción de gracias de los fuertes.

Desde entonces todos los sultanes al subir al trono imperial han pasado por esa puerta histórica.

P. P.



ENTIERRO DEL SULTAN ABDUL-MEDJID.



ADVENIMIENTO DEL SULTAN ABDUL-AZIS; SU ENTRADA EN CONSTANTINOPLA.

## Revista de Paris.

Se están haciendo los preparativos para la fiesta del 15 de agosto, y aunque á la hora en que escribimos no se ha publicado aun el programa oficial, sabemos que este año las iluminaciones, esa parte tan principal de las fiestas, no tendrán lugar como otras veces en la plaza de la Concordia y en los Campos Eliseos, sino en el boulevard Malesherbes y en el parque de Monceaux. El boulevard Malesherbes es una de las nuevas grandes vias que se están abriendo en la actualidad, una de las arterias que debe conducir al gran centro de poblacion aristocrática que se trata de crear á la izquierda del Arco de Triunfo. Ninguna ocasion mejor para hacer recorrer esta inmensa calle á los parisienses.

En el número próximo daremos á nuestros lectores las noticias detalladas de la fiesta.

El rey de Suecia y de Noruega Carlos XV, acompañado de su hermano el príncipe Oscar, ha llegado á Paris, donde ha sido recibido con todos los honores debidos á su clase. Con este motivo ha habido una gran funcion en la Opera, que se componia del cuarto acto de los *Hugonotes*, de los bailes *Graziosa* y el *Mercado de los Inocentes*, á la que asistió con su ilustre huésped el emperador Napoleon. El 9 de agosto, tambien en honor del rey de Suecia, el emperador pasó una revista en el Campo de Marte á la guardia imperial y á la guarnicion de Paris, en presencia de un gentío inmenso. — En cuanto á la visita del rey de Prusia, el diario oficial ha anunciado que se aplazaba por ahora, y que solo tendria lugar en el mes de octubre.

La semana es escasa en novedades propias de esta crónica. Sin embargo, hé aquí una anecdota curiosa:

Noches pasadas un honrado comerciante de Paris, padre de una numerosa familia, encontró á la entrada de su casa una cartera que contenia diez billetes de banco de á mil francos cada uno.

El comerciante se hallaba en un apuro extremo; tenia que pagar cinco mil francos dentro de tres dias, y la naturaleza de la deuda era tan apremiante, que si dejaba de satisfacerla su honra y el crédito de su casa iban á quedar gravemente comprometidos.

El comerciante al abrir la cartera se quedó estupefacto. ¿Era un socorro inesperado que la Providencia le enviaba? ¿Podia conservar aquel dinero con la intencion de devolverlo algunos dias despues cuando recibiera una suma de veinte mil francos que esperaba, ó debia entregarlo al punto al comisario de policia de su barrio y permitir que su ruina se consumara?

Al otro dia al amanecer, despues de haber pasado una noche llena de angustias, corre á ver á su socio, hombre de escasos escrúpulos de conciencia, y que además se encontraba tambien muy apurado.

A la vista de los diez mil francos que su compañero le confiesa haber hallado en la calle, las incertidumbres del honrado comerciante le parecen pueriles y ridiculas.

— ¿Por cuántos dias necesitas los cinco mil francos?

— Por un par de semanas cuando mas?

— ¿Estás bien seguro de poder devolverlos en ese tiempo?

— Sí.

— Entonces ¿porqué esos escrúpulos?

— ¿Y quien me responde, amigo mio, de que la persona que ha perdido esa cartera no tiene tanta necesidad del dinero como la tengo yo?

— Es verdad, pero tambien puede suceder que no la tenga. Y por otra parte, ¿quién te dice que si otro se hubiese encontrado esa cartera la habria devuelto el dia que la devolverás tú? ¿Quién te dice en fin, que otro en tu lugar no se quedaria con ella? Esos temores, hijos de tu delicadeza, son suposiciones y no mas, en tanto que tu ruina será una terrible realidad dentro de dos dias. Dios te ofrece esa única tabla de salvacion, y antes de rechazarla debes pensar en tus hijos.

El socio continuó hablando de esta manera al honrado comerciante, y tanto insistió en su argumento sobre la ruina y el deshonor de la familia, que al cabo logró acallar la voz de la conciencia de su amigo que se dejó, si no convencer, al menos arrastrar por sus razonamientos.

— ¡Dios quiera que esta mala accion no me traiga alguna desgracia! exclamó al retirarse.

Su amigo le detuvo.

— Dices que no necesitas los cinco mil francos hasta dentro de dos dias, ¿no es verdad?

— Así es; acaso podrias tú...?

— ¡Quién sabe! Hoy tengo que ver á uno...

— Si me hicieras ese favor, le dijo el comerciante estrechándole fuertemente entrambas manos, mi vida toda...

— ¡Ah! No hables así; yo no puedo nada, aunque sin embargo no desespero. Pero yo tambien necesito de tí, querido mio.

— Habla: si es cosa que dependa de mí, está hecha.

— Yo me encuentro en el mismo caso que tú; tengo que pagar hoy algunas sumas, y me vendria muy bien que me permitieses tomar los cinco mil francos restantes de la cartera. Te doy mi palabra de devolverlos dentro de cuatro dias.

Esta peticion asustó de tal modo al comerciante, que su socio debió emplear no ya los raciocinios, sino las súplicas y casi la violencia para impedirle que corriese al punto á depositar su hallazgo en manos del comisario de policia.

— ¡Ah! murmuró el segundo socio cuando se quedó solo; ¿con que así te fias de mi palabra de honor? ¡Te aprovechas de un dinero que te ha ofrecido la casualidad, y tu honradez se opone á que yo tome mi parte! Me vengaré, amigo mio. Ya te saldrán caras las humillaciones que me has hecho sufrir.

Dos dias despues de esta entrevista y á la hora del fatal vencimiento, el socio se encontró en casa del comerciante, y le vió contar y entregar al acreedor cinco billetes de mil francos.

El infeliz comerciante estaba desconocido; el remordi-

miento le tenia pálido como un difunto. Al dar el dinero, su mano temblaba y estuvo á punto de caer desmayado.

— ¡Quince dias tengo que esperar ahora! exclamó. ¡Quié Dios que viva hasta entonces. ¡Oh! pienso confesárselo todo al que acaba de salvarme; y si el perjuicio que le he causado puede repararse, toda mi vida emplearé en hacerlo.

— Quizá sea ya un poco tarde. Por el pronto yo te aconsejo que no le confieses nada, pues podria salirte mal la cuenta; reflexiona que una denuncia...

— ¡Oh! No me digas eso: me haces estremecer...

— Pues bien, sé prudente y cuenta con mi discrecion. Pero de todos modos tengo que decirte que conmigo te has portado muy mal; has de saber que los cinco mil francos que te he pedido me son mas indispensables que nunca; ya sé que me los negarás de nuevo.... es una prueba de desconfianza que no me lisonjea, y tu suerte es que...

— ¿Me amenazas?

— No; pero creo seria justo me ayudaras proporcionándome al menos con que apaciguar á mis acreedores.

— No tengo nada.

— Sí; te queda dinero en la cartera.

— ¿Cuánto quieres? exclamó el comerciante tomando una resolucion heróica.

— Mil francos no mas, que te devolveré dentro de unos dias.

— Ahí están; gracias por tu moderacion: sé que puedes perderme.

Pocas horas despues el comerciante estaba preso, su amigo le habia denunciado al salir de la casa. — La justicia informa y el incidente ha tenido ya publicidad en la prensa belga.

Dos libros nuevos han venido á nuestras manos en la última semana. El primero escrito por M. Saintine, el distinguido autor de *Picciola*, un precioso estudio de observacion que ha sido traducido en todas las lenguas, se titula *el Camino de los ecclerios*, ese camino fatal que todos hemos conocido, camino que se alarga lo mas posible porque á su extremo debe hallarse el fastidio, y siempre será demasiado pronto para aburrirnos.

El autor sale una mañana á visitar un pueblecillo cualquiera de las inmediaciones de Paris, y andando se encuentra en Bélgica y luego en Alemania. Su obra explica los incidentes de esta correria.

M. Saintine recoge en su largo paseo por todos los caminos que atraviesa las leyendas y los cuentos del pais, los dramas interesantes, las anecdotas divertidas. La leyenda de Betina, que en la noche de sus bodas se encuentra entre dos novios, el uno vivo y el otro muerto por sus desdenes, y que la pide cuenta de su muerte; la supersticion de « la misa invisible, » que ha fundado un impio despues de su conversion, y que todos van á oír de rodillas sin que ningun sacerdote aparezca en el altar; la historia de las « religiosas violinistas, » cuyos esqueletos le enseñaron en su bóveda sepulcral; todo ese mundo fantástico de los alemanes se encuentra detallado con sencilla expresion en el libro de M. Saintine.

Como ejemplo queremos citar la leyenda del diablo y del ladron de caza Waldhantz, que el autor ha oido contar en medio de la Selva Negra, en el punto mismo que fué teatro del maravilloso suceso.

« Waldhantz, de oficio relojero y mecánico, habia sabido hacerse una pequeña escopeta fácil de ocultar á los ojos de la autoridad, y cuya forma engañosa estaba muy lejos de descubrir que era un arma terrible.

Un dia, en una de las cumbres mas altas de la selva, se le presentó de repente un hombre de cabello negro y erizado.

— Buenos dias, Waldhantz, le dijo.

— Buenos dias, Satanás, le respondió el cazador fraudulento, que al punto le reconoció por el olor de azufre que despedia.

— ¿Qué traes en la mano?

— Es mi pipa, milor.

— ¡Pipa bien extraña! Eres un hombre astuto, Waldhantz, al menos así lo dicen; pero yo te creia mas ocupado en la fabricacion de lazos y trampas que en la de pipas. Quiero probar la tuya, porque me parece muy original.

Waldhantz se turba al punto, pero luego cruza por su mente el proyecto mas audaz que haya concebido hombre; va á libertar al mundo, á las razas presentes y futuras de su mas temible enemigo. Lo que intentaba era la reconciliacion del cielo y de la tierra.

— ¿Tu pipa está cargada? preguntó Satanás.

— Lo está, milor.

— ¿Y cómo se usa ese instrumento?

Waldhantz le puso el cañon de la escopeta al borde de los labios, no sin temblar un poco, pero mas de gusto que de miedo.

— Si tienes yesca, la puedes encender.

Despues de hacer una oracion mental á san Huberto, el jóven tiró del gatillo, y los ecos de la montaña temblaron todos con la detonacion mas espantosa.

Waldhantz habia caido de rodillas estrechando contra su frente la imagen de san Huberto.

Cuando se levantó, el diablo estaba todavia delante de él, guiñando el ojo y meneando la cabeza como uno que tiene fuertes ganas de estornudar.

Estornudó efectivamente, y al hacerlo escupió algunas postas en una nube de pólvora y de humo, lo que pareció aliviar su pecho.

— ¡Mil antorchas quemadas! ¡Qué mal tabaco tienes, chico! Se me ha atravesado en la garganta. Cuando vengas á verme á los infiernos, lo que no tardará, yo te daré otro mejor.

— Trataré de no hacer semejante viaje.

— ¿Qué cazador de tu especie no se halla expuesto á matar al guarda un dia ú otro, y por consiguiente á morir en la horca? Hasta la vista pues, Waldhantz.»

Tal es el libro de M. Saintine; á cada página encuentra el lector una balada, una leyenda, una historia popular á cual mas pintoresca. No olvidemos decir que se halla ilustrado

magistralmente por M. G. Doré, el mas fantástico y original de todos los dibujantes de Francia.

La segunda obra de que tenemos que hablar es produccion de un escritor de delicado ingenio, M. J. de Premaray, autor dramático bastante aplaudido y folletinista teatral de gusto y de conciencia. Su obra se titula *Rien*, es decir, *Nada*, título que el lector haria muy mal de tomar al pié de la letra. Dificil nos seria dar una idea bien comprensible de este libro, que es todo él una coleccion de cortas anecdotas sobre el teatro, sobre los actores y actrices mas célebres, sobre las artes, sobre el amor, sobre la sociedad parisiense; un dicho, una apreciacion, un rasgo de talento, de envidia, de amor propio herido, todo esto escrito sin pretension, como si estuviera copiado de un libro de memorias donde el hombre curioso apunta lo que hiera su imaginacion en todo lo que ve y oye. Hay demasiada profusion de cosas en el libro de M. Premaray, y en este sentido el título que le ha puesto es evidentemente un agradable engaño.

MARIANO URRABIETA.

## EL 15,700

PIEZA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,  
POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

MARQUES.

No dice mal...

Y puede... (á tiro te pones.)

En él se juega al contado

Un condado y un ducado

Y no sé cuántos millones.

Puede, puede que recurra

A su amistad.

LINO.

Tendré á honor...

MARQUES.

Yo siempre fui emprendedor,

Y no hay nadie que discorra

Como yo en puntos de hacer

Cuartos; ¿eh?... lo principal

Que hay que tener, es caudal,

Con lo cual viene á tener

El hombre cuanto apetece.

LINO.

Ya lo creo.

MARQUES.

Y que se aburre

El rico que no discurre...

LINO.

¡Claro!

MARQUES.

Fortuna se acrece

Especulando...

LINO.

De hijo.

MARQUES.

Si usted de mí se guiara...

LINO.

¿Pues porqué no?

MARQUES.

Duplicara

Su caudal, sin ser prolijo

En desvelos.

LINO.

(¡Qué llaneza!)

MARQUES.

Como los dos nos juntemos,

Verá usted cuánto emprendemos;

¡Verá usted cuánta riqueza!

LINO.

Yo por mi parte....

## ESCENA XIII.

DICHOS: FRANCISCA, IRENO,  
y al fin de la escena ISABEL sin ser vista.

FRANCISCA.

¡Papá!

IRENO.

¡Tiito!

MARQUES.

¿Subisteis eso?

FRANCISCA.

Tu bata de seda verde

Y tu cachucha. (dándosela)

MARQUES.

Bien, bueno.

Vamos, Linito.

FRANCISCA.  
Sí, sí.  
Póngase usted...  
MARQUES.  
Camarero  
He de ser yo.  
LINO.  
Si se empeñan...  
MARQUES.  
Fuera el levita: los perros (quitándosele)  
Se abrasan hoy de calor.  
FRANCISCA.  
Quita, suéltame, travieso,  
(á Ireño que la tiene cogida una mano)  
Que miran y hemos tardado...  
IRENO.  
Pero mujer, si estuvieron  
Entretenidos...  
FRANCISCA.  
El diablo  
Eres. ¡Jesus! ¡qué perverso!  
MARQUES.  
¡Y á bien que no está elegante!  
(después de poner la bata á Lino)  
Si parece que la hicieron  
Para usted. Precisamente  
Tiene su talle, su cuerpo...  
Ahora la cachucha. (se la pone)  
LINO.  
Grande  
Me está.  
MARQUES.  
¿Quién repara en ello?  
El asunto es que esté cómodo  
Y á sus anchas.  
FRANCISCA.  
Y muy fresco  
Que irá.  
MARQUES.  
Vamos, Francisquita;  
Agárrate tú de Ireño.  
Yo del señor. (á Lino) Allá en casa...  
LINO.  
¿Hablaresmos?  
MARQUES.  
Charlaremos  
De lo lindo.

ESCENA XIV.

ISABEL, luego LUIS.

ISABEL.  
¿Qué visiones!  
¡Qué risa! sorbido el seso  
Se marcha, sin que siquiera,  
Inadvertido ó discreto  
Me avisase. ¡Peregrina  
Mudanza! ¡Extraño suceso!  
LUIS.  
¡Isabel!  
ISABEL.  
¿Qué tiene usted  
Que se viene sonriendo?  
LUIS.  
He visto á Lino bajar  
Convertido á lo que creo  
En un papagayo.  
ISABEL.  
Sí,  
Bata verde...  
LUIS.  
¿Y qué embeleco  
De gorra es aquella?  
ISABEL.  
Propia  
Del marqués.  
LUIS.  
Y de los tiempos  
Del rey que rabió. (No sé  
Cómo me rio teniendo  
Tantos motivos...)  
ISABEL.  
Extraño  
Es que un jóven de su ingenio...

LUIS.  
¿Qué quiere usted, Isabel? (con tristeza)  
Siempre trastorna el dinero  
Nuestra humana condicion  
Y á veces nos deja ciegos.  
A unos les da por ser vanos,  
Otros vuélvense traviesos;  
Otros pierden el sentido  
Y los mas se hacen discretos  
En el concepto de un mundo  
Que altares alzó á un becerro  
Por ser de oro; este triunfa,  
Y el otro se hace soberbio.  
Lino á pesar de su falta,  
Volverá en sí...

ISABEL.  
No lo espero  
En verdad; él se ha dejado  
Embaucar por ese viejo  
Camándulas, y presumo  
Que pronto será su yerno.

LUIS.  
Entonces... ¡ah! pero no,  
Isabel, no hablemos de esto.  
El ya es rico, yo soy pobre;  
Y empleado en estos tiempos,  
Cuando cesante anhelando,  
Y cuando activo temiendo.  
Verdad es que acaso hoy mismo  
Se me confiera un empleo;  
Mas Lino la hará dichosa,  
El la quiere con extremo  
Y usted cumplirá...

ISABEL.  
Ya estoy.  
Habla usted del juramento  
Que hizo á mi madre. Bien hace  
En no olvidarlo. Si el viento  
Otros juramentos lleva...

LUIS.  
Jamás los míos huyeron  
Por mi voluntad en alas  
De la ingratitud. Mi adverso  
Destino, no me permite  
Alzar un trono hasta el cielo  
Y poner en ese trono  
Al bien que evocan mis sueños;  
Al ángel puro, inocente,  
Que idolatro y por quien muero;  
A mi Isabel, á mi gloria;  
A tí, ¡bien mio!

ISABEL.  
¿Apetezco  
Yo por ventura otra cosa  
Que su amor?

LUIS.  
¡Ángel del cielo,  
Cuán venturoso me haces!  
¿Me quieres?

ISABEL.  
¿Que si le quiero  
¿Mi turbacion no lo dice?  
¿No están mis ojos diciendo...

LUIS.  
Alguien llega.

ISABEL.  
Luis, me voy,  
Estoy conmovida; luego  
Saldré.

ESCENA XV.

LUIS, LINO.  
LINO.  
¡Maldita escalera!  
¡Hola! (viendo á Luis)  
LUIS.  
Pareces contento.  
LINO.  
Sí, lo estoy; pero permite  
Que busque... sí, allí le veo.  
(cogiendo el levita)  
Me habia dejado el levita  
Y en este bolsillo izquierdo  
La cartera y el billete. (sacándola)  
Aquí está; doile mil besos.  
Adios.  
LUIS.  
¿Te vas?

LINO.  
Sí; me espera  
El marqués...  
LUIS.  
Presto, muy presto  
Hicisteis las paces.  
LINO.  
¡Hombre  
¡Si es el mas bello sugeto  
Que he visto en mi vida!

LUIS.  
Antes  
No le juzgabas tan bueno.  
LINO.  
Pues es un santo varon.

LUIS.  
Milagro ha sido en efecto  
La trasformacion...

LINO.  
Si vieras  
Los cálculos que hemos hecho  
En un rato... Por el pronto  
Ya soy minero.

LUIS.  
¡Minero!  
LINO.  
Le he comprado seis acciones  
En seis mil duros, y creo  
Que valen mas de diez mil.  
A medias voy en el pleito...

LUIS.  
¿Tambien pleitista?  
LINO.  
Y en grande

Escala; se juega en ello  
Un condado y un ducado  
Y once millones y medio,  
Lo cual constituye el dote  
De Paquita.

LUIS.  
¿De ese escuerzo?...  
LINO.

¿Qué escuerzo?  
LUIS.  
De la que Goya,  
Con ser su pincel tan diestro,  
No supo pintar; de aquella  
Por la cual en los espectros,  
Duendes y brujas creiste.

LINO.  
¡Quitate allá!... buen recuerdo  
Tienes; cuando así te hablaba  
Estaba yo muy colérico.

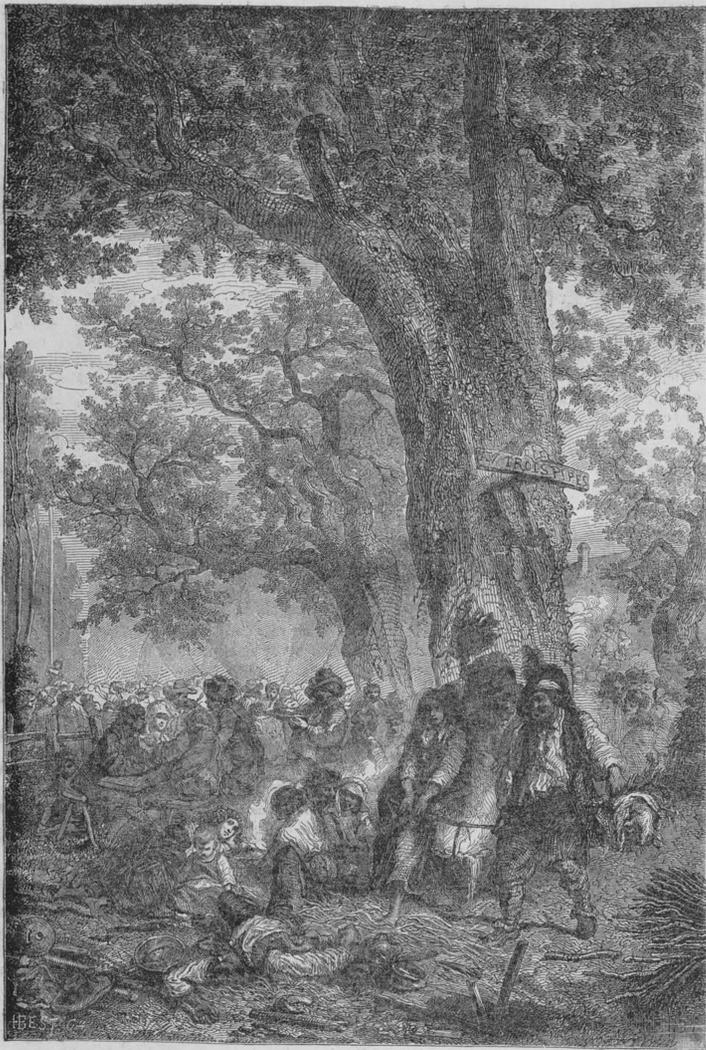
(Se continuará.)

Exposicion de 1861.

M. GUSTAVO MORIN: *La Asamblea de San Viviano*. — M. Morin es de Ruan, y la Asamblea de San Viviano que constituye el asunto de su cuadro, es una antigua fiesta de aquella ciudad que ha tenido una boga extraordinaria. El artista ha elegido el siglo XVII para pintarla y ha obrado con acierto, pues los trajes de esa época son un poco mas pintorescos que la blusa, la estameña y el paño negro de nuestros días. Este lienzo que pertenece al museo de Ruan, está bien pintado y bien compuesto.

El patriotismo de M. Morin se ha manifestado igualmente en una composicion original titulada: *los Almadreños de la selva de Lyons celebrando la batalla de Solferino*. La selva de Lyons está contigua á Ruan. A la noticia de la batalla de Solferino que debia producir la redencion de la Italia, los almadreños de la selva suspendieron su trabajo, enarbolaron los colores nacionales, y celebraron alegremente el triunfo de las armas francesas en medio de las imponentes soledades del bosque. El pensamiento no podia ser mas feliz, y ha sido tratado con acierto.

M. JUNDT: *El primer hijo*. — M. Jundt no es solamente un pintor de talento, sino un hombre chistoso y original: en él se encuentra la novedad del artista parisiense junta con la gravedad germánica. M. Jundt es de Estrasburgo. Al primer aspecto parece muy sencillo, pero luego se descubre su irónica intencion. La escena del cuadro á que nos referimos pasa en el Tirol, dice el catálogo, á fin de explicar los trajes pintorescos de ese pais, que M. Jundt ha adoptado. La madre acaba de dar á luz á su primer hijo, y los vecinos acuden á felicitar al padre y á festejar ese hermoso dia. Todo el mundo quiere ver al niño; cada cual se extasia admirando sus nacientes gracias, y el padre muy erguido recibe con seriedad los cumplimientos que le dirigen: « Es tu retrato, » le dice



LA ASAMBLEA DE SAN VIVIANO, fiesta popular de Ruan en el siglo XVII, cuadro de M. Morin.

un vecino socarrón; y los amigos se sonríen así como la madre, en tanto que el autor del recién nacido se pavonea modestamente, convencido de que esa delicada é imperfecta criatura se puede parecer en algo á un imbécil de cinco pies y seis pulgadas de altura. El pintor ha hecho aquí una de las suyas.

M. H. BARON: *Regreso de una cacería al palacio de Nointel (Oise).* — Sin duda M. Baron tenía que hacer retratos de familia ó retratos de amigos, ó quizá ambas cosas, y en lugar de pintar una serie de centinelas perdidos en sus cuadros con aire aburrido, ha compuesto unos grupos encantadores con el título de *Regreso de una cacería*. Los cazadores traen las piezas que han cogido; la familia y los amigos los reciben en el peristilo de un hermoso palacio. No hay para qué decir cómo está ejecutada esta pintura, pues el nombre de M. Baron nos dispensa de todo elogio.

M. Baron no ha temido la dificultad del traje moderno, por la razón de que sabe vencerla perfectamente, como se nota en esta pintura. Su cuadro ha conservado todo el encanto de las obras de capricho que le han dado tanta fama en París; los personajes tienen toda una realidad agradable, y ante ese lienzo se pone uno á envidiar la buena suerte de los huéspedes privilegiados del palacio de Nointel.

M. PATERNOSTRE: *La batalla de Solferino.* — Muchas batallas de Solferino había en la Exposición de este año, pintadas por artistas franceses y aun extranjeros, pues si no me engaño, M. Paternostre es belga.

Estamos hácia el fin de aquella gloriosa jornada. Los cerros de Cavriana ofrecen una desesperada resistencia. Los soldados austriacos, llenos de bizarría, han retrocedido, lentamente y coronan las alturas desde donde [diri-



EL PRIMER HIJO (Tirol), cuadro de M. G. Jundt.



[KAMIENSKI, MUERTO EN MAGENTA, estatua en bronce de M. J. Franceschi.

gen contra los franceses un fuego terrible. El emperador piensa que ha llegado el momento decisivo, y da órden á la artillería de la guardia para que ataque los cerros de Cavriana. La artillería, armada de sus irresistibles cañones rayados, se lanza hácia sus posiciones de batalla, siendo apoyada en ese movimiento por una columna de infantería de línea y por el cuerpo llamado de *turcos*. El pintor ha elegido para asunto de su cuadro el momento en que se dió esa órden decisiva.

M. GINAIN: *La entrada en París de las tropas del ejército de Italia el 14 de agosto de 1859.* — Todo París asistió á la entrada triunfal de las tropas francesas victoriosas, y ninguno de los que presenciaron aquel gran desfile, perderá jamás el recuerdo de tal espectáculo. Las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre, la profunda alegría y sencilla sorpresa de los soldados que los parisienses de los arrabales habían coronado de laureles, los reconocimientos imprevistos, los estrechos abrazos que á cada paso se veían, hicieron del 14 de agosto de 1859 una de las mas bellas fiestas que ha habido en París. No se trataba únicamente de festejar á un ejército victorioso; aquel ejército tenía otro título á los aplausos generales, pues á costa de su sangre acababa de libertar á un pueblo del yugo extranjero.

Todo esto se leía en el semblante de los soldados que llegaban y de sus conciudadanos que los acogían. M. Ginain tenía que trazar un hermoso episodio á fin de perpetuar el feliz recuerdo de aquel día en las galerías históricas de Versalles, y preciso es confesar que se ha mostrado á la altura de su tarea. El grabado podrá dar á nuestros lectores una idea de lo que fué aquella solemnidad del día 14 de agosto de 1859.

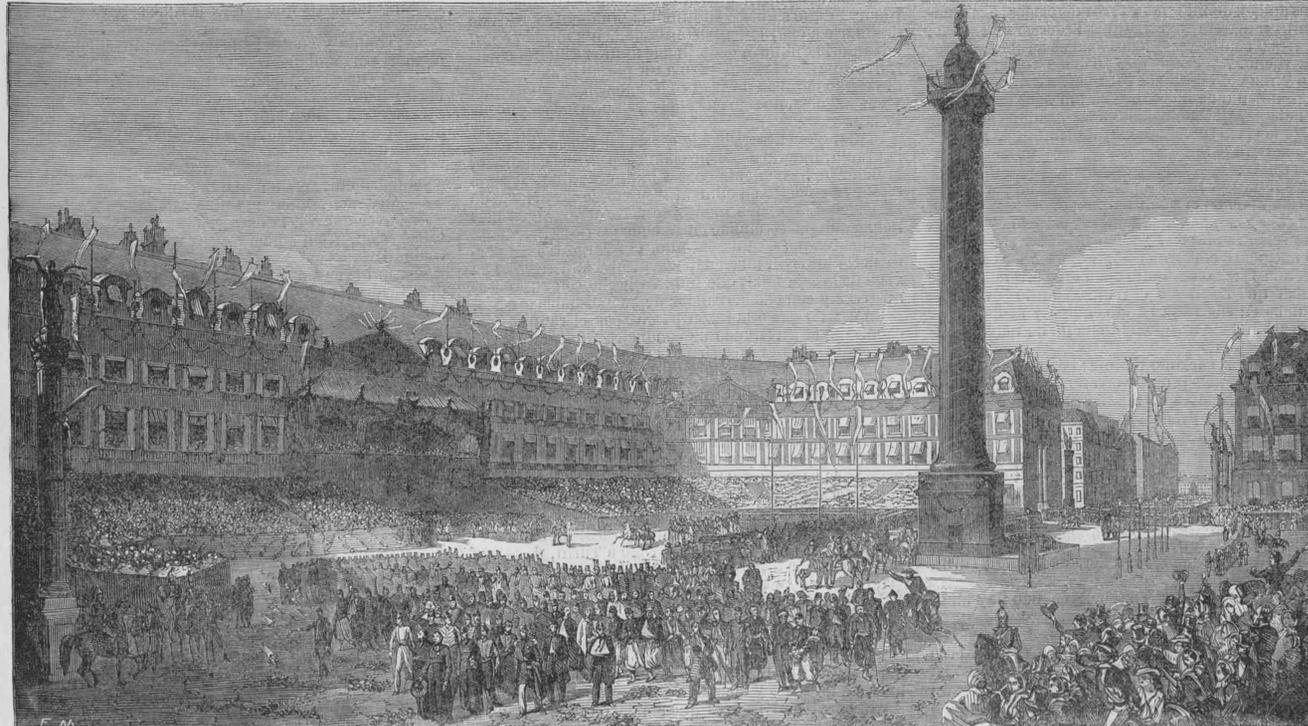
M. FRANCESCHI: *Kamienski, muerto*



REGRESO DE UNA CACERIA AL PALACIO DE NOINTEL (Oise), cuadro de M. H. Baron.



LA BATALLA DE SOLFERINO, cuadro de M. L. Paternostre.



LA ENTRADA EN PARÍS DE LAS TROPAS DEL EJÉRCITO DE ITALIA, EL 14 DE AGOSTO DE 1859, cuadro de M. E. Ginain.

en Magenta. — La gloria cuesta cara, y el deber cumplido deja á veces dolorosos recuerdos en los que sobreviven.

Esta estatua de bronce se halla destinada á coronar la piedra de un sepulcro en el cementerio de Montmartre. Representa no un general, sino un simple soldado, un voluntario muy jóven llamado Kamienski, que murió valerosamente en el campo del honor. Era una de las figuras mas interesantes de la Exposicion de escultura. La composicion es sencilla y dramática, y rebosa grandeza en su sencillez. He visto derramar lágrimas ante esa estatua fúnebre... eran sin duda por alguno de los que perecieron en Magenta ó en Solferino. A. M.

## ¡TODAVIA!

(Conclusion.)

La mano de la condesa tropezó casualmente con el libro llevado la víspera por Edmundo, y recordando que aun no le habia abierto siquiera, le tomó leyendo sorprendida sobre el encarnado tafete este epigrafe con letras de oro:

« La Santa Biblia, traduccion de Ostensval. »

Era evidente que en su precipitacion Edmundo habia tomado un libro por otro.

Un papel doblado asomaba entre las hojas del libro.

— ¡Una carta para mí! exclamó Diana tomándola y abriéndola con avidez!

No era una carta, era un fragmento sin hilacion, una especie de oracion extractada de la Biblia, reasumiendo los pensamientos que en el dia anterior habian preocupado á Edmundo. En esta oracion el jóven daba gracias á Dios que iluminaba al fin su mente y concluia copiando algunos trozos del sagrado libro, como si quisiera fijarlos mas y mas en su memoria.

« Hijo mio, no rechaces la instruccion del Eterno ni te enoje que te reprenda, porque el Eterno reprende al que ama. »

« Hijo mio, sé atento á mi sabiduria y presta tu oido á mi inteligencia. »

« Aleja tu camino del de la mujer extraña y no te acerques á la entrada de su casa : »

« De miedo que no des tu honor á los extraños ni tu vida al tirano. »

Diana apoyó sus codos sobre la mesa, descansó su frente en las manos, y reflexionó largo tiempo. En aquel instante comprendió la causa de la profunda alteracion que se pintó aquella madrugada en el rostro del jóven, alteracion hija del amor, del pesar, de los remordimientos. Adivinó los rudos combates á que se habia entregado aquella alma infantil, dominando hasta su conciencia por llegar hasta ella, y una profunda emocion se retrató en sus ojos que expresaban ternura, compasion, amor propio satisfecho.

Leyó una y otra vez el papel de Edmundo, y tomando una pluma en su mano trazó otra con mano insegura, que dobló con el anterior, depositando ambos entre las hojas del libro. Al recogerse aquella noche la condesa dirigió una mirada de satisfaccion al retrato de Esther que la sonreia siempre frente á su lecho.

La voz argentina de Rosalía, de vuelta ya de Turin, y resuelta á arrancar á su señora de entre aquellos riesgos, despertó muy de mañana á la condesa.

— Los amigos de mi señora están desolados, exclamaba la gentil camarera, y el marqués Federico sobre todo, que va tres ó cuatro veces todos los dias á saber si la señora ha vuelto. Ayer supo que yo debia volver á vuestro lado y me dió esta carta para vos.

El pensamiento de Diana estaba tan lejos del sitio en que se hallaba, que no atendió á las palabras de Rosalía y dejó la carta sobre la mesa, murmurando :

— ¿Qué hora es?

— Las nueve.

— ¡Las nueve ya! baja á preguntar de mi parte si ha venido esta mañana el señor Edmundo.

Rosalía obedeció, no sin murmurar para si : — ¿Quién será este señor Edmundo? ¿quién ha de ser sino el médico, el abogado ó el escribano? ¿No puede ser otro?

Su asombro creció de punto cuando la arrendadora le hizo saber que Edmundo era un gallardo jóven que acompañaba en sus paseos á la condesa y la hacia por las noches la tertulia. Aquella mañana no habia parecido.

— Tanto mejor, exclamó Rosalía : cuantas menos distracciones tenga, mas pronto volveremos á Turin.

La respuesta negativa de Rosalía disminuyó el ardor con que Diana se ocupaba de su toilette, y abandonando su cabellera en manos de la jóven, exclamó con indolencia :

— Vamos á ver : ¿en qué está la historia de tus amores?

— En el capítulo del matrimonio, señora. Serafin ha partido ayer para Saboya en busca de los documentos necesarios para nuestra union.

— ¿Que se verificará?...

— Dentro de ocho dias si mi señora ha vuelto á Turin.

— ¿Tan pronto?

— Si por cierto; ¿á qué retardarlo, cuando hay amor por ambas partes?

— ¿Estás pues decidida?

— Completamente. Es verdad que yo soy un poco mas rica que él y él un poco mas jóven que yo; pero su corazon es tan bueno, me ama tanto, que estoy segura de que me hará dichosa.

La condesa no respondió y pareció profundamente pensativa. Despues del desayuno, exclamó :

— ¿Estás muy cansada Rosalía?

— No por cierto, soy demasiado dichosa para sentir el cansancio.

— Entonces disponte á acompañarme á la aldea cercana.

— Con mucho gusto, precisamente tengo que hacer en ella un encargo de vuestra madre.

— ¿De mi madre?

— Sí, señora : me ha encargado que la compre una media docena de cajas de pastillas de liquen que se confeccionan muy superiores en esa aldea.

— Lo ignoraba, murmuró Diana, toma tambien algunas cajas para mí.

Sin duda recordaba que Edmundo la habia ponderado al pié de la cascada las propiedades del liquen.

Se pusieron pues en marcha, guiando Diana, á quien sus frecuentes paseos habian dado conocimiento de aquellas sendas y seguridad á su planta.

Llegaron á la aldea, recorrieron parte de ella, y Diana entró en una librería situada enfrente de la gran casa que le habian señalado como de Edmundo : una botica ocupaba el piso bajo.

— Entra á comprar tus pastillas, dijo la condesa á Rosalía, indicándola la tienda de enfrente : yo en tanto te aguardo aquí eligiendo otros objetos.

La condesa compró plumas, papel, libros, y revolvió mucho con una lentitud incomprendible, porque Rosalía volvió á los pocos momentos. Diana escogia algunas cosas, pedia otras que no estaban á la vista, y mientras se las traian, sus ojos permanecian clavados con ansiedad en las ventanas de la casa de enfrente. Al cabo de media hora no encontró mas que pedir, y salió de la tienda cargando de objetos á Rosalía.

Recorrió lentamente las calles de la aldea, deteniéndose á contemplar cualquier objeto insignificante, lo que probaba su preocupacion doblemente justificada al equivocarse el camino que conducia á la granja. Veinte minutos haria que caminaban cuando la condesa volvió en sí, reconoció su error, y reparó en Rosalía, que con ademán fatigoso, la seguia á alguna distancia.

En aquel momento se encontraban en una estrecha garganta formada por las rocas, entre las cuales brotaba un manantial de agua cristalina que excitó la sed de Rosalía, la cual se dirigió á beber, formando un vaso con su propia mano. Diana no pudo menos de recordar el lindo vasito de Edmundo, y para esquivarse á estos pensamientos, exclamó á tiempo que se sentaba con abandono sobre una piedra :

— ¿Qué llevas en ese paquete?

— Las pastillas de liquen.

— A propósito, dame una.

Rosalía ofreció una de las cajas á su señora, quien antes de abrirla, fijó maquinalmente sus ojos en la tapa, adornada de los indispensables letreros y recomendaciones. De repente sus mejillas palidieron, su mano tembló, se oscureció su vista, y la caja se escapó de entre sus dedos rodando por la arena.

Rosalía acudió vivamente á recogerla, quedándose muda de estupor al contemplar la agitacion de su señora, que murmuraba con despecho :

— ¡Santiago Aymard! ¡Santiago Aymard, farmacéutico!

Tal era el título de nobleza que adornaba á Edmundo, al que, segun la arrendadora, se inferia un agravio calificándole de librero.

Santiago Aymard queria demasiado á su hijo para tratar de que siguiese su humilde profesion; y lejos de destinarle á ella, le tenia constantemente alejado de su laboratorio químico, dedicándole á otros estudios superiores que le abririan paso á un puesto brillante : padre é hijo gozaban de gran consideracion por su fortuna y sus talentos, no solo en la aldea, sino en todos los contornos.

Diana, que entregada á la soledad desde su llegada á la granja, ignoraba la ocupacion del padre de Edmundo, al notar la instruccion poco comun del jóven, al verle emitir con acierto su opinion respecto de las artes y de las ciencias, no pudo menos de concederle origen mas noble, aunque escondido entre aquellos riesgos.

Cruel fué pues su desencanto. Por largo tiempo permaneció inmóvil, aterrada, sin atreverse á separar su vista de la caja fatal, que hubiera hecho con gusto desaparecer y con ella la realidad de cuanto habia pasado.

Un carrito que á la sazón pasaba por el camino cercano, fué el encargado de conducir las á instancias de Rosalía hasta la granja, siendo tal la preocupacion de la condesa, que no advirtió que atravesaba á su lado un jóven pálido y descompuesto, que al apercebirla se quitó respetuosamente su sombrero, saludó al que solo Rosalía contestó, ignorando quién fuese el que lo dirigia.

Ya en la granja, Diana escribió á Tancredi, rogándole volviese al punto, y dando á continuacion las órdenes necesarias para su partida. Entonces apercebido la carta de Federico olvidada sobre la mesa, y que no era mas que una declaracion de su antiguo y mal disimulado amor. En ella rogaba á Diana que pusiese fin á sus tormentos, y sobre todo, que volviese á Turin, donde ya no podia pasar mas tiempo sin verla.

No lejos de esta carta se vela otra; era la que habia escrito la noche anterior y dedicaba sin duda á Edmundo. A su vista enrojeció vivamente, y sin leerla la convirtió en cenizas.

Al dia siguiente, al partir, llamó á la arrendadora, le dió orden de que llevase á Edmundo todos los libros que le habia prestado y añadió :

— Hé aquí mil francos que empleareis con destino á los pobres en casa de Santiago Aymard, el boticario.

Como se ve, Diana dejaba gratos recuerdos de su mo-

rada en el *Chalet*; pero dejaba tambien uno muy amargo que debia emponzoñar una existencia, y en el cual no pensaba su voluble imaginacion.

Dos meses despues se celebraba en Turin un aristocrático enlace : el del noble marqués Federico Gianori de San Teodosio, con la bella Diana, viuda del conde de Casteldor. Mas de una vez al atravesar los nuevos esposos los salones de su palacio, abiertos aquella noche á lo mas escogido de la sociedad de Turin, llegaron á su oído estas palabras :

— ¡Fuerza es confesar que se conserva siempre bella!

Entonces Diana, volviéndose á su marido exclamó con encantadora sonrisa :

— ¿Siempre ó todavía?

El marqués permaneció un instante cortado, pero reponiéndose inmediatamente, exclamó con pasion :

— Siempre, porque siempre sereis bella para mí.

Al dia siguiente el marqués y la marquesa partieron á un pintoresco castillo, propiedad del marqués, cuyos contornos tenian alguna semejanza con el valle de Lucerna.

La marquesa, que con asombro de su esposo, parecia acostumbrada á caminar entre breñas, segun la firmeza de su pié, le gustaba pasear por aquellas soledades encontrándole á veces su esposo sentada pensativa á la sombra de algun frondoso castaño.

Cuando la luna se ocultaba momentáneamente entre las nubes, en ese instante en que la fábula nos dice que la diosa Diana bajaba á visitar al pastor, la historia no nos cuenta si Diana la marquesa dejaba de enviar un pensamiento ó un suspiro á Edmundo el aldeano.

La granja no existe; cedida por el marqués y la marquesa al mayordomo Tancredi que murió un año despues, fué destruida por sus herederos, y hoy no queda de aquel hermoso *chalet* mas que un dilatado parque, en el que se ve aun un bosquecillo formado por castaños; y de los personajes que la ocuparon la tradicion confusa de esta historia, que referida á mí por algunas ancianas de la aldea, acabó de transmitir á mis lectores corregida y aumentada.

## Negociaciones matrimoniales.

Entremos en una casa de crédito y confianza notoria, sin mas rótulo que el de *Agencia*, y sita en la calle del Pez.

Sentado en su ancha butaca con una mesa-escritorio delante, hállase don Marcos, agente casamentero por oficio y aficion, que usa de la palabra consigo mismo en estos términos :

— Adelante. Los negocios marchan bien; mi agosto es el matrimonio. Si esto continúa así, dentro de poco seré millonario, traspasaré la agencia y me casaré por mi cuenta, sirviéndome á mí propio de Mercurio y heraldo.

Revolviéndose luego en su asiento, dirige á su escribiente esta pregunta :

— ¿Cuántas jóvenes hay apuntadas en el registro?

El escribiente *Corre-vé-y dile*, porta-pliegos, etc., etc., responde sin detenerse :

— Señor, ¿contaré por tales las que pasan de los cuarenta?

— Cuenta todas; hasta los cincuenta años la mujer es jóven, y aun mas que jóven; porque si se casa no tiene hijos.

— ¡Treinta y cuatro! (suena la campanilla). ¿Serán algunos parroquianos?

— No vuelvas á tomar en boca expresion tan ordinaria; llámalos clientes... Levántate y abre la puerta.

Entra una señora acompañando á una niña de treinta años, que si no es jóven, en cambio le falta poco para ser muy fea.

La señora saluda al agente diciéndole :

— Caballero, vengo á que mi hija...

— Muy bien, señora; la niña es bonita y...

— Favor que Vd. le hace, replica la señora con cierta satisfaccion. Y sin embargo, vea Vd., aun no ha encontrado marido.

— Aquí le encontrará; no le quede á Vd. duda. ¿Qué dote tiene esta señorita?

— Setenta mil reales.

— No me extraña que no encuentre fácilmente marido; pero en fin, trataremos de arreglar el negocio lo mejor posible.

El agente y la mamá entablan un breve diálogo *soto voce* para arreglar, acordar las condiciones de la negociacion y el corretaje. Esta se despide en seguida de aquel, diciendo en alta voz :

— Corriente, estamos convenidos. Hasta nuevo aviso.

La niña, cubriéndose con el velo, añade :

— Os encargo que sea buen mozo. Adios.

Solo ya el casamentero, exclama :

— ¡Bendito sea Dios, qué *adefesio*! ¡y casi sin dote! ¿Cuánto trabajo me va á costar colocarla!... ¿pero qué le hemos de hacer? ensayemos. Para los apuros son los buenos generales.

Un caballero se desliza por la habitacion muy de prisa, y encarándose con el meditabundo agente, le pregunta :

— Es Vd. el que anda en eso de casamientos, ¿no es verdad?

Don Marcos estirándose las mangas de la levita :

— Sí, señor; pero tómese Vd. la incomodidad de sentarse.

— No es posible; tengo mucho que hacer.

— Caballero, diga Vd. al menos con qué clase de persona quiere Vd. aliarse.

— Cualquiera me es igual, como tenga un carácter razonable. Eso es lo único que necesito. Os advierto que sea pronto, muy pronto, porque no quiero perder tiempo.

— Será Vd. servido, caballero. Venga Vd. mañana un momento á mi *soirée* y podrá ver la que yo le destino. Es un bello porvenir.

— No puedo malgastar un instante: enviaré un criado para que la vea. Yo no me caso porque me agrada tener mujer, sino porque mis ocupaciones me obligan á ello. Mi tío acaba de cedermé su almacén y quiere que á todo trance me case, para que haya siempre en el despacho quien vele por los intereses. Por eso quisiera una mujer razonable.

— Razon tiene vuestro tío. Arreglaré al momento el negocio. A este (continuó en voz baja) le encajaremos la pollita de los treinta abriles.

— Os lo agradeceré infinito. ¡Ah! interrumpe el almacenista volviéndose cuando se disponía á salir y echándose la mano á la frente. A propósito, ¿la viuda que me destináis tiene hijos?

— Si os agrada, sí.

— Sí, sí, mucho; pero adios, amigo mío, que estoy de prisa.

— Esto es comprometido. Se marcha como un relámpago. Me pide una viuda ¡y yo que tenía intenciones de casarle con la jirafa que acaba de salir! Psss... le buscaré viuda de prisa á este caballero centellas.

Aparece en el salón otra señora del brazo de su hija con cierto promontorio sobre la espalda, cuya excrecencia consiste, según la mamá, en tener un hombro mas alto que otro.

— Caballero, dice la señora, deseo encontrar esposo para mi Elvira.

— ¿Jóven, ó viejo?

— Lo mismo da, con tal que sea rico.

— ¿Qué dote tiene la señorita Elvira?

— Nada, caballero.

— Pues es bastante. ¿No sabéis que en el día...

— Se busca fortuna... Teneis razon; pero mi hija posee un talento que vale veinte mil duros de renta.

— ¿Sabe dibujo?

— No, señor.

— ¿Toca el piano?

— Tampoco.

— ¿Borda con primor?

— No es cosa.

— Entonces ¿dónde está ese talento de veinte mil duros?

— Mi hija sabe muy bien de cocina. Sobre todo, guisa las menestras como nadie. Por lo tanto, si encontráis una persona que guste de mi hija, mandadle á comer á casa y ella le hará ver el talento que le está destinado.

Sin mas instrucciones se despiden la hija y la mamá.

Vuelve á quedarse solo don Marcos haciéndose las siguientes reflexiones:

— Dificil será encontrarla acomodado, á pesar de sus habilidades culinarias... ¿Quién sabe? Inscríbámosla en el registro matrimonial. Hay hombres á quienes gustan las contrahechas y jorobadas.

Un jóven de veinte años, en toda la flor de su pollería, avanza rápidamente por la antesala.

— ¿Qué se le ofrece á Vd., caballero? le pregunta el agente saliendo á recibirle.

— Deseo casarme y vengo á ver qué género teneis en vuestros almacenes.

— ¿Qué mujer quereis?

— Rubia ó morena, siendo bonita.

— ¿De qué edad?

— Amo la juventud.

— ¿Aunque no tenga dote?

— ¡Ah! no, señor, que tenga...

— ¿Qué fortuna, sobre poco mas ó menos?

— Ocho ó diez mil duros... y esperanzas de heredar.

— ¡Caramba! cómo os dejáis caer. ¿Y Vd. en cambio, cuánto lleva?

— ¿Cuánto? ¡Mi persona! y qué ¿no es bastante?

— Yo la encuentro excelente... para un escaparate, continuó entre dientes, y luego en alta voz sigue de esta manera:

— Pero ¿tendrá Vd. acaso un empleo que le produzca?

— Mucho que sí. ¡Ah! querido; si yo tuviera dinero y sueldo ¿cree Vd. que trataría de casarme? Eso sería en mí hasta ridículo. Lo principal es que me busqueis la mujer que me hace falta y que sea cuanto antes, porque el sastre y el sombrerero me... Adios, mi apreciable don Marcos. Mañana volveré á saber la respuesta.

El agente hablando consigo mismo:

— ¡Hombre mas original! si todos fueran como este, lucido quedaria mi establecimiento. ¡Diablo! No parece sino que...

Un caballero entrado en años y una vieja quintañona penetran á la vez en el recibidor.

— ¿Vos por aquí, don Facundo? prorrumpe la vetusta; ¿venís á buscar esposa?

— Sí, ya voy teniendo edad para casarme, replicó don Facundo. ¿Se puede saber lo que trae por aquí á doña Ursula?

— Sí, señor, vengo á buscar marido.

Don Marcos les obliga á sentarse haciéndoles mil cortesías y saludos.

— Señora, yo os creía casada, dijo este.

— Cierto, vos fuisteis el que me proporcionó marido. Mas ¡ay! el pobrecillo ha muerto. Es el tercero en ocho años. Ya veis que soy buena cliente, pero ¡por Dios! don Marcos, buscadme maridos mas durables.

— No es culpa mía. Será fatalidad.

Volviéndose á don Facundo le endilga esta pregunta de tablilla:

— ¿Y Vd. con quién desea enlazarse?

— Con una mujer recatada, que sepa de cocina y en particular el guiso de las menestras. ¡Deliro por una menestra bien guisada! También quisiera que supiese confeccionar bien las tisanas, para cuando tenga catarro... ¡Picaro catarro! ¡y con cuánta frecuencia me acomete!

— Sois uná cataplasma, don Facundo, le dice doña Ursula.

— Lo confieso. Sin embargo, pienso hacer feliz á mi esposa. Tengo el genio dulce y una renta mediana.

— Estoy enterado de vuestro negocio, señor don Facundo, repone el casamentero. Conozco una jóven que hace menestras y tisanas á las mil maravillas. Pero tiene un grave defecto: es pasiega.

— ¿Cómo?

— Quiero decir, contrahecha.

— ¡No importa! Con ella me caso.

— Esta es una casa de crédito, y por eso no he querido engañar á usted.

— Para mí ahora, grita doña Ursula.

— ¿Cuántos hijos tiene usted?

— Tres.

Don Marcos meditando:

Vamos á ver si desposo á esta señora con aquel caballero de las prisas. Luego prosigue en alta voz: ¿Son grandecitos?

— Los tres visten ya el uniforme militar.

— Tanto mejor. Antes de ochó dias estará Vd. casada y su marido contará tres guarda-almacenes.

— ¡Qué felicidad! voy á comprarme el vestido blanco y la guirnalda de novia.

— Y yo, añade don Facundo, voy á encargar el equipo para mi futura.

La agencia queda desocupada y don Marcos prorrumpe lleno de satisfacción:

— Bien puedo decir como Tito: «No he perdido el día.» Acabo de hacer felices á cuatro. Además puedo tambien añadir, cuando me hayan pagado los honorarios: ¡Gracias, himeneo! ¡gracias, Dios mío!

B. DEL BARCO.

## Matilde de Wallenstein.

### I.

ALBERTO M... Á LUIS D...

A medida que me aparto de Paris, donde dejo tantas y tan amargas memorias, experimento en el fondo del alma la deliciosa sensacion de un hombre que encerrado bajo aquellos *plomos* cuya atmósfera abrasadora acababa por sofocar al infeliz preso, viniese á sentir de repente el aire puro y fresco del exterior.

He pedido al cielo la insensibilidad del corazón, la inmovilidad del letargo despues del delirio de la fiebre, así como el precioso don de la indiferencia, y creo que Dios me lo ha concedido.

He visto á una mujer que reunia en sí todas las seducciones que yo habria soñado en otro tiempo, el tipo casto y puro que he buscado por todas partes sin encontrarle nunca; hemos recorrido juntos un espacio de veinte leguas solos los dos en el wagon que nos llevaba; he permanecido mas de tres horas frente á ella, y ni una fibra de mi corazón se ha estremecido, ni un pensamiento de amor ha conmovido mi alma!

El acaso me ha dado esta compañera de viaje en Alemania, en el centro de la Sajonia.

La fisonomía de una mujer es como un paisaje que se adapta á tal ó cual género de pasión; una provoca naturalmente los sentimientos nobles, elevados, desprendidos de todo cálculo mezquino ó egoísta; otra excita todas las emociones violentas, todas las borrascas y todos los abismos del amor; otra en fin, solo da margen á los deseos contenidos, á las castas ilusiones, á las lágrimas secretas y á las aspiraciones divinas.

Aquella que yo tenía enfrente de mí imponía silencio á todos estos sentimientos; era una cabeza de líneas puras, con algo de tierno, suave y delicado en los contornos, que recordaba perfectamente la hermosa cabeza de Murillo que juntos hemos contemplado en el cuadro de la *Concepcion*. Como en la obra del famoso artista, se distinguía en ella el delicioso candor de la virginidad reunido con las emociones enteramente nuevas de la madre que ha concebido sin despojarse de su inocencia; únicamente el carácter de divinización que el genio de Murillo supo dar á la Madre del Salvador, estaba reemplazado en mi hermosa viajera por una expresion de realidad, un aire de ternura y sensibilidad, sencillo y totalmente humano, que le atraía desde luego las mas ardientes simpatías.

Al ver aquella blanca frente redondeada con gracia por las sienés, aquel óvalo tan perfecto, aquellas líneas á la vez tan correctas y tan armoniosas, aquellas sonrosadas mejillas que la sombra y la luz parecían acariciar amorosamente, se comprendía que jamás un pensamiento impuro, jamás una pasión culpable habian atravesado por su alma de ángel y de niña. Sobre aquel sereno y bello rostro se veía flotar, digámoslo así, el reflejo de todas las impresiones suaves, uniformes y apacibles del hogar doméstico, los cuidados de la madre y las tiernas solicitudes de la esposa. Las únicas alegrías en que se habria podido pensar al contemplarla, son aquellas que pueden demostrarse sin herir esa fibra delicada, esa

sensitiva del corazón de la mujer que llaman pudor, las que santifica un lazo santo y eterno. Una mancha habria quitado todo su hechizo á una mujer semejante.

Sin embargo, así como todo hombre de talento tiene su punta de tontería, así tambien en la beldad mas privilegiada, por completa que parezca ser, se encuentra un lado defectuoso.

Esto es lo que me puse yo á buscar en mi compañera. Su garganta, modelo de blancura y de pureza, era un poco corta y su pecho un tanto abultado. Hé ahí lo que reconocí en un segundo exámen, pues á primera vista, todo en aquella mujer, conjunto y detalles, me habia parecido perfecto; no obstante que por una extrañeza que á menudo he podido observar, esos ligeros defectos se convertían en ella en hermosura y completaban admirablemente la expresion suave, serena y reposada que formaba el rasgo distintivo de su persona. El defecto de una mujer bonita es lo que marca en nosotros su individualidad, y eso explica porqué esa imperfeccion es precisamente á los ojos del arte lo que mas adoramos en ella.

Hacia dos horas que corriamos con la velocidad del rayo sobre esas largas cintas de hierro que llaman cariles, y no nos habiamos dicho una sola palabra. Absorbido hasta entonces en mis observaciones, no lo eché de ver hasta el momento en que el convoy se detenía; nos hallábamós en..... donde debiamos permanecer media hora.

Mi linda viajera se apeó; yo dejé el wagon detrás de ella y me fui á la mesa redonda del embarcadero con el designio de pasar media hora confiándote mis impresiones.

Estoy descontento de mí mismo; casi he sido grosero con esa señora que ha debido tomarme por un inglés.

Y luego ni siquiera conozco el sonido de su voz; ¡la voz! es decir, la luz que ilumina á toda la mujer, la música que atraviesa el aire y esparce en el paisaje el encanto y la poesía. Desearia poder rehabilitarme en su espíritu; pero ¿volveré á verla?

Se oye el silbido del conductor, y la locomotora lanza columnas de humo impaciente por continuar su carrera.

Adios.

ALBERTO.

### II.

Hé aquí uno de los golpes del acaso. Acaso, providencia ó fatalidad, solo el porvenir puede decidirlo. ¿Podemos nosotros saber nunca lo que hay en el fondo de un suceso?

El wagon donde entré estaba ocupado por cuatro ó cinco personas vulgares, que por antitesis, me recordaron de repente mi hermosa viajera.

Aun seguía pensando en ella cuando llegamos al pueblillo de...

La primera persona que distinguí al acercarme al inmenso mostrador á cuyo frente se apugnan los viajeros para reconocer sus equipajes, fué mi desconocida que se apareció á mí de repente como un remordimiento vivo.

Ella no me vió; el momento no podia ser peor para dirigirla la palabra, de modo que me resigné y me puse á buscar mi cofre que al cabo descubrí en el monton de los equipajes.

— ¿Dónde quiere Vd. que le lleve, caballero? me preguntó un mozo en un francés bastante pintoresco y apoderándose de mis efectos.

— Calle de la Iglesia, á casa de M. Wall, el juez.

Mi desconocida del wagon se hallaba á mi lado en aquel momento, volvió la cabeza hacia mí, y mirándome con sus hermosos ojos negros me dijo:

— ¿Vais á casa del juez M. Wall?

Por fin oía su voz, una voz llena, musical, ligeramente velada, que daba á la frase mas vulgar una expresion íntima y penetrante. Acababa de revelarme la mas irresistible de sus seducciones.

Yo la respondí que M. Wall era uno de mis amigos de colegio, y que yo pensaba pasar quince dias en su casa.

— ¡Ay! caballero, me dijo, es un proyecto al que será preciso renunciar, pues vuestro amigo ha salido hace ocho dias para Dresde, donde debe permanecer todo un mes.

Esto me contrariaba mucho.

— Sin embargo, añadió la jóven, nosotros somos tambien amigos de M. Wall, y bajo este concepto os ofrecemos gustosos la hospitalidad que habriais encontrado en su casa.

Por extraña que fuese semejante proposicion, el tono con que la habian hecho era tan sencillo y pintaba tan bien la bondad alemana, que yo acepté inmediatamente y casi sin sorpresa.

Tomamos asiento la jóven y yo en un omnibus, los caballos partieron, y diez minutos despues habiamos llegado á nuestro destino.

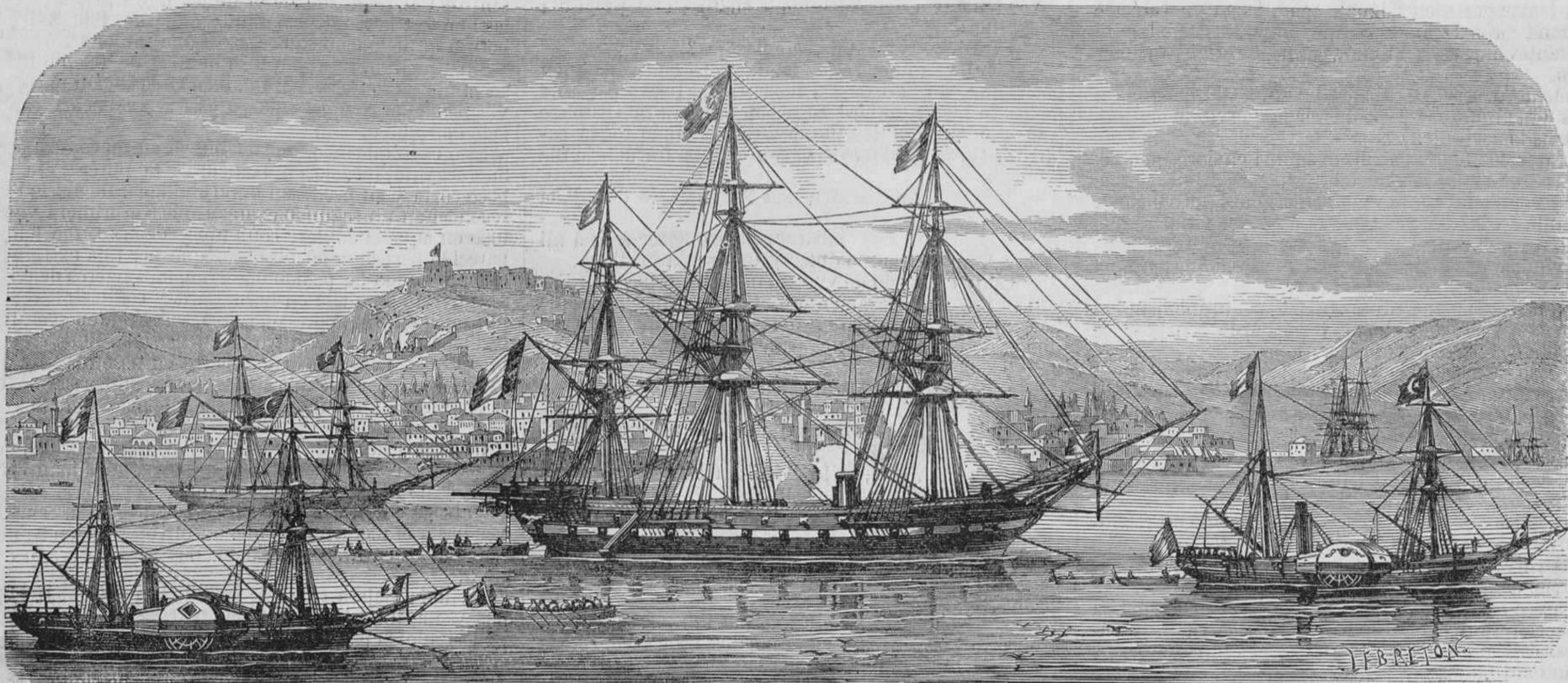
Un jóven estaba en pie en el umbral de la casa; la señora de Wallenstein (es el nombre que la habia dado el mayoral) me le señaló con el dedo y me dijo con un acento que manifestaba su cariño en toda su sencillez:

— Ese es mi marido.

Y saltó á tierra y cayó en sus brazos.

Yo la seguí con mas lentitud, comprendiendo entonces toda la extrañeza de mi posicion respecto de aquel marido, y preguntándome con cierta inquietud cómo recibiria á un hombre, que jóven todavía, forastero y completamente desconocido para él, venia con su mujer del brazo á pedirle vivienda en su casa, como si hubiese sido un amigo íntimo.

(Se continuará.)



RECONOCIMIENTO DEL SULTAN ABDUL-AZIS POR LA ESCUADRA FRANCESA EN LA RADA DE ESMIRNA.

**Espada ofrecida al general Garibaldi**

POR LA COLONIA DE AUSTRALIA.

A pesar de la distancia á que se encuentran los in-

gleses de Australia, no permanecen extraños á los sucesos que ocurren en Europa y los siguen con interés. Los habitantes de Victoria acaban de dirigir al general Garibaldi, en testimonio de sus vivas simpatías y de su admiración, una magnífica espada con puño de oro macizo, ricamente cincelado, que representa la figura de la Libertad rompiendo sus cadenas: en la guarnición se ven grabadas estas palabras: La Victoria á Garibaldi, y *Amor patriæ*.

La vaina es de terciopelo verde con guarniciones de oro. La hoja es del mejor acero y se halla cubierta de inscripciones en honor del general italiano. Esta espada ha sido ejecutada en los talleres de M. Eicke, joyero de Melbourne, por los dibujos de M. Chevallier.

**Inauguración de la estatua del baron Thenard en Sens.**

La antigua ciudad de Sens, *urbs antiqua Senonum*, ha inaugurado con grandes fiestas la estatua elevada al baron Thenard, uno de sus gloriosos hijos que habiendo salido pobre de la ciudad natal, vino á ser en Paris uno de los principes de la ciencia. Todas las corporaciones doctas de la Francia se hallaban representadas en esa ceremonia.

Una diputación compuesta de M. Dumas, senador, miembro del Instituto, vicepresidente del consejo imperial de la Instrucción pública, encargado por M. Rouland, ministro del ramo, de representarle y de presidir la ceremonia, de M. A. Houssaye, inspector de los museos, y de M. C. Doucet, jefe de la división de los teatros en el ministerio de Estado, miembro del consejo general de Yonne, y ambos en representación de S. E. el conde Walewski, ministro de Estado, se dirigió á Sens en un tren especial. En esta diputación figuraban igualmente: M. Gustavo Rouland, director del personal y de la secretaría general en el ministerio de la Instrucción pública; MM. Serret, Bertrand y Peligot, en representación de la Academia de ciencias; MM. C. Bernard, S. Julien y Ballard, miembros del Instituto, por el colegio de Francia; MM. Lefebure de Fourcy y Hebert precedidos de un macero, por la facultad de ciencias de Paris, y MM. Pasteur, Delesse y Lissajoux por la Escuela normal.

Esta diputación fué recibida á su llegada por M. Chadenet, prefecto del Yonne; M. de Farincourt, subprefecto de Sens; M. Deligand, alcalde de Sens, acompañado de sus adjuntos y del consejo municipal; el abate Bravard, vicario mayor de monseñor Mellon Jolly, arzobispo de Sens, que por causa de indisposición no pudo asistir á la ceremonia, y por todas las autoridades de la ciudad y del departamento. El baron P. Thenard, hijo del ilustre sabio, representaba á su familia.

El cortejo se dirigió en coche de la estación del ferrocarril á la plaza de Sens, donde se halla la estatua, y tomó asiento en los estrados de honor que habian sido preparados. Al lado de las autoridades y sobre otro estrado, estaban las personas de la ciudad y de las cercanías que habian obtenido billetes. Una muchedumbre inmensa que habia acudido de todas las inmediaciones, rodeaba la plaza y reunía sus aclamaciones á la del cortejo cuando por orden del alcalde de Sens hicieron caer los cortinajes que cubrían la estatua del baron Thenard.

La estatua, cuyo dibujo publicamos, ejecutada en bronce, representa al baron Thenard de pie, vestido de profesor. Su autor es M. Droz.

Se pronunciaron doce discursos. El de M. Dumas es un panegirico muy notable que da á conocer bajo su verdadero aspecto al gran sabio cuya fisonomía habian desnaturalizado, segun parece, en ciertos discursos inspirados por un exceso de imaginación. Este severo estudio

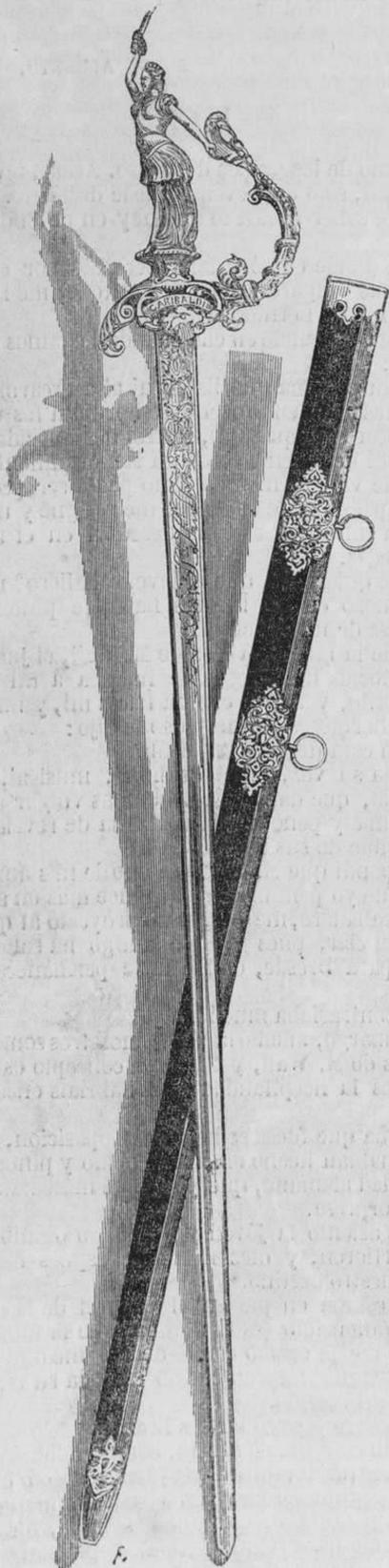
de Thenard, hecho por un hombre eminente que sigue con gloria sus huellas, formará una hermosa página en los anales de la Academia de ciencias.

M. A. Houssaye habló perfectamente en nombre del señor ministro de Estado que habia querido estar representado en la ceremonia y dirigir su parte de homenajes á la memoria de Thenard.

Después de la ceremonia, los convidados conducidos por las autoridades de la ciudad y del departamento, fueron á tomar parte en un banquete preparado en la sala sinodal, magnífica construcción que se eleva al lado de la catedral. En los postres hubo los brindis de costumbre. El brindis al emperador y á la emperatriz excitó en la concurrencia un vivo entusiasmo, y no fueron menos aplaudidos los que se dirigieron á los ministros de Estado y de la Instrucción pública.

La fiesta de este día terminó con un concierto en el que merecieron la aprobación general madama Viardot, M. Allard y Mlle Balbi.

El segundo día se consagró al placer. Los habitantes de los campos y los forasteros habian llenado la ciudad



ESPADA REGALADA Á GARIBALDI por la colonia inglesa de Australia.



ESTATUA DE L.-J. THENARD.

para tomar parte en la fiesta que habia organizado M. Deligand con un gusto exquisito. Justo es decir que los habitantes de Sens le habian prestado un eficaz concurso.

Todos los barrios de la ciudad estaban adornados con arcos de triunfo, pórticos, guirnaldas y banderas que daban á las calles estrechas y tortuosas de Sens un curioso aspecto. Toda esta ornamentacion habia sido dispuesta para que sirviera de fondo á una calbagata histórica que debia recorrer la poblacion y que representaba la entrada que hicieron en Sens en 1234 el rey Luis IX y la reina Margarita de Provenza.

Los trajes de esta cabalgata eran todos brillantísimos y muy conformes á los que se usaron en el siglo XIII. El rey Luis IX se mostraba resplandeciente con su corona y su gran manto azul sembrado de flores de lis; la reina Margarita de Provenza marchaba á su lado con su cuerpo adornado con armiño y pedrerías. La augusta pareja iba precedida y seguida de heraldos de armas con sus estandartes y de valerosos caballeros que caracolaban con mucha gracia. La ilusion era completa, y se habria uno podido creer en la edad media sin la presencia del comisario de policia que con su uniforme de paño y su tricornio aparecia en medio del cortejo como la estatua ecuestre del Anacronismo.

La cabalgata recorrió diez veces todas las calles de la poblacion seguida de un gentío inmenso.

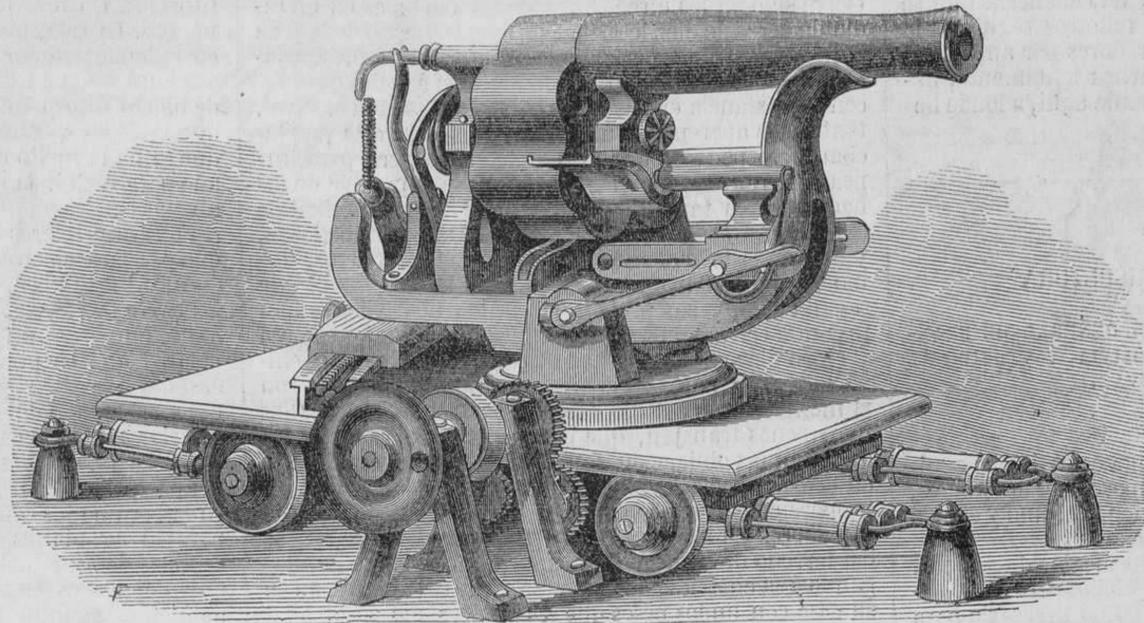
Para la noche habia otras sorpresas. Al oscurecer hubo unos fuegos artificiales, cuyo ramillete llegó hasta las estrellas é hizo palidecer la cola del cometa. Luego la ciudad se llenó de iluminaciones que en la esplanada habian tomado la forma de pórticos. Los bailes comenzaron despues y duraron toda la noche. Jamás se vió una profusion tan considerable de vestidos blancos. Parecia que todas las jóvenes del Yonne se habian dado

cita en la fiesta. Una orquesta campestre descifraba como podia la música llegada de Paris.

La ciudad es una de las mas antiguas de las Galias. En tiempo de César era ya un centro muy importante. Durante largo tiempo mantuvo su esplendor, pero desde hace dos siglos ha declinado un poco. Felizmente, ha conservado de los dias de su grandeza objetos preciosos que hacen la admiracion de los extranjeros.

de este sarcófago fueron forjadas por san Eloi. Tambien enseñan el peine con que fué tonsurado san Loup, obispo de Sens. Todas estas reliquias son otras tantas muestras auténticas del arte en la edad media.

Diremos para concluir, que durante la fiesta ejecutaron varias piezas las compañías de orfeones que habian acudido de las ciudades contiguas. Entre estas piezas merece citarse una cantata muy aplaudida, cuyas palabras habian sido compuestas para la circunstancia por M. C. Doucet, un hijo de Sens, que tiene el culto del pais natal. Con motivo de estas fiestas, M. Deligand, que es muy querido por sus administrados, ha recibido del emperador la cruz de la Legion de Honor. G. C.



CANON REVOLVER INVENTADO POR M. MAYALL.

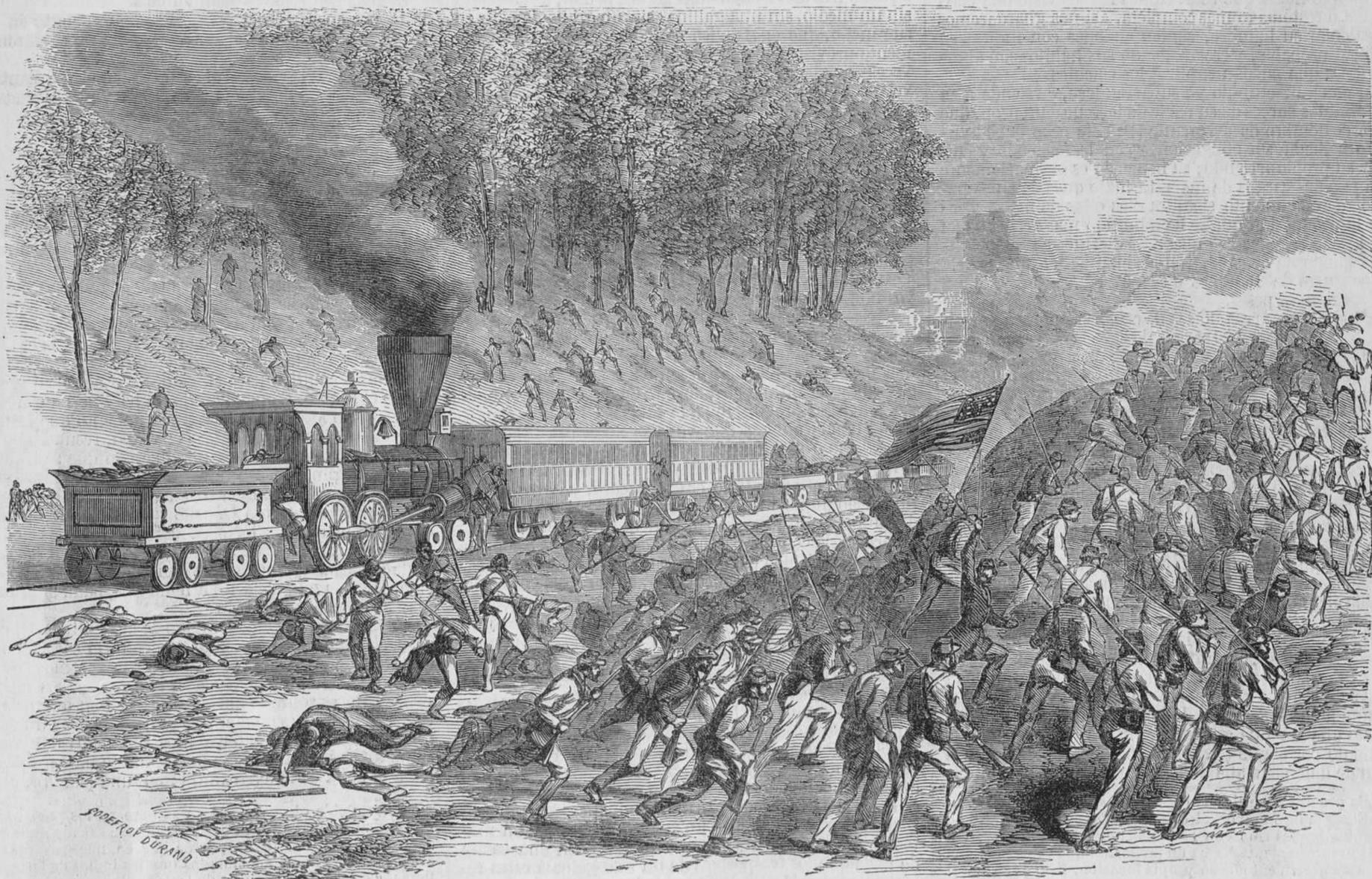
**El cañon revolver.**

Si los dos ejércitos americanos que se hallan hoy en presencia no se aniquilan mutuamente, no será por falta de instrumentos destructores. Un ingeniero, M. Mayall, acaba de inventar un nuevo cañon en que funda las mas grandes esperanzas.

El ánima de este cañon singular se encuentra enfrente de una plataforma vertical movable, en torno de un eje horizontal y con agujeros. En cada uno de estos agujeros viene á colocarse un cartucho que contiene la bala y la carga de pólvora, de suerte que

toda la operacion consiste en hacer girar un punto la plataforma á cada disparo y pegar fuego á la carga. Los cartuchos se colocan con la mano en un hueco que se ve distintamente debajo de la plataforma. A cada disparo un atacador mecánico toma uno de ellos y le pone en uno de los agujeros de la plataforma movable, y al mismo tiempo un escobillon, movido igualmente por un mecanismo, limpia el agujero que acaba de servir. Se da el fuego por medio de una pila eléctrica, y la punteria se hace lo mismo que con las piezas ordinarias. W. DE F.

El relicario de la catedral está lleno de reliquias y de preciosidades que envidiarían los mas ricos museos. En este relicario se ven piezas de plata bizantinas de un alto valor por su escasez; colgadas en un armario enseñan las insignias con que Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, celebró la misa en la catedral cuando se hallaba desterrado en Sens. Tambien se ve un manuscrito en donde Abelardo copió algunos versículos de la Biblia. Entre las urnas que posee el cabildo hay un sarcófago que contiene los huesos de una santa, y las cerraduras



TROPAS FEDERALES AMERICANAS SORPRENDIDAS POR LOS SEPARATISTAS EN EL FERRO-CARRIL DE ALEJANDRIA (Virginia).

**Tropas federales americanas**

SORPRENDIDAS POR LOS SEPARATISTAS EN EL FERRO-CARRIL DE ALEJANDRIA.

Publicamos sobre este hecho de armas el parte oficial del brigadier general R. C. Schenk al teniente general Scott:

«Dejé el campo con 668 hombres y 29 oficiales en cumplimiento á la órden del general Mac' Dowell, que habia mandado hacer esta expedicion con la fuerza disponible de uno de mis regimientos. El regimiento elegido fué el 4º de voluntarios del Ohio. En el empalme del camino dejé dos compañías, la compañía H y la compañía J, en todo 135 hombres. Envié al teniente coro-

nel Parrot con dos compañías de 117 hombres á Falls-Church para explorar los bosques en esa direccion, y finalmente, aposté dos compañías, las compañías D y F, en todo 130 hombres, para guardar el ferro-carril y el puente entre el empalme y Vienna. Entonces avancé lentamente hácia Vienna con cuatro compañías de una fuerza total de 275 hombres. Al volver lentamente la

curva, como á un cuarto de milla de Vienna, recibimos una descarga de artillería, procedente de una batería oculta compuesta, según creo, de tres cañones, que mató ó hirió á los hombres en la plataforma y en los wagones antes de que se hubiera podido detener el convoy. Una vez parado, la máquina no pudo llevarle lejos del fuego, pues el material había tenido averías en muchos sitios. Poniendo la máquina atrás, salimos de los wagones para retirarnos á los bosques á la derecha y á la izquierda del tren. La batería enemiga estaba apoyada por un regimiento de infantería y de caballería que se componía de 1,500 carolinianos; nosotros seguimos la línea del ferro-carril, dejando tiradores por ambos lados. De este modo pudimos retirarnos lentamente, llevándonos los heridos á cinco millas de aquí, adonde llegamos á las diez.»

## BOLIVIA

### COLONIZACION Y AGRICULTURA

POR LEON FAVRE CLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Continuacion.)

Es raro que el arriendo no contenga estos diversos cultivos; pero como es siempre en proporciones desiguales, estableceremos nuestro cálculo siguiendo el uno y el otro de estos cereales, á fin de ser mas claros.

El indio debe en plata, arriendo medio, diez pesos. Debe además, sesenta jornales de trabajo, pero como estos jornales se toman fuera del tiempo necesario para su propia labranza, los cuenta por nada.

Tampoco toma en cuenta la leña de que debe proveer á la hacienda: corta en su propio terreno. Los palos ó los haces provienen de su arriendo y no pone mas que su trabajo.

Su gasto se reduce pues á diez pesos anuales, sin comprender su alimentación y la de su familia. Esta apreciación es difícil de ser establecida. El obrero de Europa tiene hábitos casi inflexibles, y los estadistas tratan de su alimentación muy aproximadamente. Aquí es otra cosa. Cuando el indio no tiene en su rancho mas que maíz, lo hace hervir y un puñado le basta, sobre todo si puede mascar un poco de coca. Ponedle delante un cabrito ó un cordero asado, sazónad su comida con ají molido, y el indio no se levantará sino cuando no quede ya un solo hueso que roer. Nunca hemos visto una elasticidad de estómago mas completa. Así nos guardaremos de calcular su hambre, contentándonos con indicar su utilidad probable, y esclareciendo sus hábitos con algunas luces que puedan suplir á los cálculos.

En general, el indio ya subarrendero, arrienda á su vez algunos surcos de su parte de terreno á un peon, que toma el nombre de arriante (1). Este peon debe ayudarle á llenar sus obligaciones con la hacienda y cultivar su propio arriendo; su beneficio es ordinariamente de una ó dos cargas de maíz. El indio que paga diez pesos de arrendamiento siembra diez ollas de maíz, y según la producción que se ha admitido mas arriba de 20 por 1 debe recoger 200 ollas. El diezmero y el primicero toman de ellas 48, y el arriante 2, lo que le deja un producto de 150 ollas ó sea 37 1/2 cargas, que á 2 pesos valen 75 pesos.

El indio cuyo arriendo sea de cebada sembrará por un precio de diez pesos, 20 cargas de cebada y recogerá á 10 por 1, 200 cargas. El Estado tomará de ellas 47 (este cultivo se puede hacer sin arriante), y el indio tendrá al precio medio de seis reales por carga, un producto de 114 pesos.

Como casi siempre los arriendos son mixtos en cultivo, se puede creer que lo comun de estos arriendos sea un producto de 94 pesos, del que es necesario deducir el precio del arrendamiento, lo que deja netos 84 pesos.

Ciertamente la ganancia es mínima. Un peon asalariado no se consigue por menos de cuatro pesos mensuales y no tiene muger ni hijos que alimentar. Con esta miserable pitanza de 84 pesos, el indio debe subvenir á las necesidades de toda su familia y encontrar todavía la semilla necesaria para el año siguiente. ¿Cómo consigue esto? (2)

Entregándose á dos industrias que hemos estudiado de cerca y que cambian enteramente su posición. La primera es la fábrica de la chicha, esta bebida fermentada de maíz cuyo uso se remonta hasta los incas. Todo indio que posee un campo de maíz se entrega á este comercio que da una ganancia considerable de cerca de un ciento por ciento (3). Los arrieros, los viajeros nunca dejan de detenerse allá donde flama un pañuelo al ex-

(1) Es preciso advertir cuán arraigada está la tradición antigua. El arrendero mayor, el que reemplaza al propietario no encuentra brazos sino con la condición de dar tierras, y á su vez el terrateniente busca un arriante que es pagado con un desmembramiento de su propia locación. Esto es siempre, el suelo concedido al trabajo en comun.

(2) No se debe olvidar que estos cálculos se establecen sobre el producto de las tierras de Sivisto. En Conta, á distancia de un cuarto de legua, el producto es casi doble. Se debe recordar además, que un indio vive de un puñado de maíz hervido, provisto que sea de la coca para mascar. Sus gastos de alimentación son pues muy reducidos.

(3) En la ciudad la utilidad de la chicha es mucho mas considerable y llega casi á trescientos por ciento. El producto de la chicha explica cuánto mayor es la ganancia del indio con un arriendo de maíz que con uno de cebada, aunque este último parezca producir mas.

tremo de una caña, porque el ardor del sol irrita la garganta, y la chicha nunca hace mal. El mismo indio hace de ella un inmenso consumo, y consagra á este placer, que es un vicio para la mayor parte, todo el dinero que recibe por su trabajo personal. Es imposible calcular exactamente lo que gana el indio con esta bebida, porque principia siempre por aplacar su propia sed, pero creemos que con sus utilidades compra la coca y el ají, de los que no puede pasarse.

La segunda industria igualmente provechosa, no se ejerce sino en los alrededores de las ciudades en un radio de cerca de diez leguas. Este es el comercio de la leña para combustible. La falda de los cerros está ordinariamente cubierta de monte y de algunos árboles que crecen de distancia en distancia. Cuanto mas baja el nivel, tanto mas aparente se hace el terreno para esta vegetación. Pero por mas que los propietarios hacen para impedir el que los arrenderos corten, la superficie de las haciendas es tan grande, tan irregular, tan difícil de cuidar, que el indio no hace caso de las prohibiciones, y desmonta todo cuanto pueden cargar sus burros. Como la obligación de la hacienda no le ocupa mas que sesenta dias, y sus propias labranzas no le demandan mas que cerca de cuarenta, le quedan doscientos sesenta y cinco dias en los que nada tiene que hacer, y los emplea en gran parte en crearse una entrada cómoda con el monte cuyo custodia debería ser. Hemos visto indios que apenas trabajan, que pagan peones para reemplazarlos en las obligaciones y viven desahogadamente casi en la ociosidad. El comercio de la leña era el que les proporcionaba esta comodidad. Llegada la noche cargan sus burros de los haces escondidos en algun repliegue del terreno durante el día, caminan toda la noche, llegando á la ciudad venden al alba, y de regreso entran en su casa con lindos pesos que les han costado poco.

Es así, sobre todo, como ellos pueden librarse de la miseria y de esa pompa aspirante de la superstición, de la que una parte del clero boliviano hace un tan triste abuso. No contentos con tasar los matrimonios á un precio tan exorbitante, que la mayor parte de los indios prefieren la unión libre; con estrechar á estos desgraciados con los entierros, de tal modo que la familia de un indio muerto es frecuentemente arruinada, algunos curas de campo conservan cuidadosamente la costumbre de celebrar las fiestas de los santos bajo cuyo patronio está cada hacienda. Tienen la lista de los terratenientes, y señalan por turno á los que deben pasar la fiesta. Así es que para subvenir á los gastos de esta ceremonia, el desgraciado vende sus bueyes, mata sus corderos y sus cabras, convierte en chicha su cosecha entera, y despues de dos ó tres dias de una embriaguez brutal, se despierta sin un medio, sin una gallina, sin un grano de maíz en su rancho, que en la víspera habia estado abundantemente provisto. Era rico y llega á ser pobre, muchas veces adeudado, y debe trabajar cinco ó seis años para volver á ponerse en el nivel de que bajó. Los curas no se cuidan de dejar perecer una costumbre que les vale doce ó quince pesos, sin contar los regalos en especie, y amenazan con la cólera del Santo á los pobres diablos que difícilmente se resuelven á una ruina segura.

Un indio de Sivisto debía pasar la fiesta á pesar de su miseria, y nosotros le aconsejábamos se sustrajese de una costumbre que le dejaría sin una espiga.

— ¡Dios mio, Señor! exclamó con un verdadero espanto, yo no haré tal... ¡San Nicolás es tan bravo!

Nunca hemos podido hacerle comprender que los bravos no habitan el cielo.

Varias personas dignas de fe nos han referido que en una aldea muy conocida, un cura habia dividido su iglesia en tres partes pintadas de diferentes colores. La mas próxima al altar era el paraíso, la siguiente el purgatorio y la última el infierno. Cuando moria uno de sus feligreses preguntaba á la familia:

— ¿Dónde quieres que vaya el alma del difunto, al purgatorio ó al paraíso?

Habia tasado cada division de su iglesia. El infierno era barato, el purgatorio era mas caro, y el paraíso de un precio digno del deseo de todo buen cristiano. El indio nunca se excusa de suplicar al cura y de tratar de enternecerle con las palabras mas humildes; el horror que profesa á todo pago le hacen acompañar de lamentaciones infinitas cada medio arrancado de la bolsa que siempre está pendiente de la cintura; pero en fin, poco á poco, los medios se hacen pesos en la mano del cura que ha permanecido inflexible, y el muerto entra triunfante en el paraíso... ¡del templo!

§ 3. — *Cultivos y producciones diversas. — Cereales. — Vinas. — Quinas. — Tabacos. — Sedas. — Lanas. — Conclusion.* — Cuando se oye levantar la voz á los agrónomos europeos contra la rutina, esta prudencia negativa de la agricultura; cuando se les ve insistir con tanta perseverancia para hacer entrar la ciencia en el número de los elementos que constituyen el buen éxito; cuando se sigue sus predicaciones sabias y prácticas á un mismo tiempo para desarraigar un abuso ó propagar un método, — estaria uno tentado á tocarles con una varita de hada que los trasportase de un solo golpe á estas regiones en donde el cultivo no se ha modificado de tres siglos á esta parte.

¿Cuál seria su asombro al dejar el campo de pruebas de Trappes donde por las maravillas de su infancia, la máquina y el vapor dejaban presumir las de su edad madura, y al encontrarse en una pampa de la cordillera, frente á frente del arado español que ha reemplazado al estribo, en que saltaban por turno los labradores del inca!

El suelo es pedregoso y sembrado de sunchos, de mimosas enanas y otras plantas parásitas: esta es una

pampa destinada á producir el maíz. Cada año desde que una tormenta ha remojado la tierra suficientemente, el hacendado convoca á sus terratenientes. Esto es ordinariamente durante el mes de noviembre. Se unen bueyes de regular tamaño, generalmente flacos, porque acaban de pasar la estación seca. El arado es de madera, sin ruedas, sin tener para abrir el suelo otra cosa que una reja de madera armada de una plancha de hierro que pesa á lo mas una libra y media. La distancia mas grande entre la punta de la reja y el timon no pasa de 42 centímetros. Un brazo curvo, clavado por detrás, sirve de mango. La reja, plana desde su construcción, no tarda en redondearse por la frotación, de modo que la mayor anchura no pasa de 20 centímetros. La punta armada de hierro nunca entra en la tierra á mayor profundidad que la de 20 centímetros; esta es la delgada superficie que se ha revuelto de trescientos años á esta parte cada año para recibir la siembra del maíz sin descanso y sin abono (1).

Con las primeras aguas se barbecha; se deja despues que descansen el surco por quince ó veinte dias para que, — dicen los indios, — se pudra la tierra. Siembran con las segundas aguas. El quinto ó sexto dia aparece el maíz, y necesita un pajaro para alejar la multitud de pájaros que se precipita sobre esta naciente verdura: despues de este peligro, amenazan con otro las interminables legiones de hormigas negras que salen de sus galerías subterráneas y hacen una provision tan amplia de invierno, que desaparecería toda la sementera, si no se apresuraran á enganar su apetito previsor esparciendo en la boca de los conductos hojas de *molle* y de *tipa*, que parecen agradarles de preferencia. Son numerosas las especies de estas hormigas que se eslabonan desde las mirmidonas casi imperceptibles á la vista, hasta las monteses, gigantes de tres centímetros de largo, provistas de tenazas tan enormes que les permiten trasladar un grano de maíz, y armadas en el abdomen de un dardo cuya picadura es dolorosa. Descubren con frecuencia el nido de las hormigas negras que destruyen con el fuego; pero nunca han podido hallar el retiro de las monteses.

Cuando está en su tercera hoja, ya no son de temerse las hormigas y los pájaros. Esperan entonces que tenga 30 centímetros de altura para darle una segunda labor. Un mes despues se le sacha, luego cuando la espiga levanta su cabelluda frente por enmedio del barniz de sus hojas, el hondero recobra su lugar, porque asentándose desde la alborada en los hondeantes penachos nubes de loros, de palomas salvajes, de *zara-suas* (ladrones de maíz), no dejarían ni un grano para la cosecha.

El maíz con riego se siembra en setiembre y se recolecta por enero. El de *temporal*, sembrándose en noviembre, es recogido por mayo ó junio, según sea el nivel del terreno que regla siempre el grado de temperatura. Es segura la cosecha del primero, no así del segundo que se halla expuesta á la tardanza, y aun á la suspensión de las lluvias que no tienen lugar algunas veces sino en el mes de marzo. Tampoco se cosecha entonces mas de diez á quince por uno. Estos son los años malos.

La cebada no sirve mas que para la alimentación de los animales: puercos, aves caseras y caballos. Estos la toman sea en grano ó en forraje, cosechando media madura y dejando la espiga. Es su mas ordinario alimento que se alterna con la alfalfa fresca. No se conocen ni la avena ni el espagallo.

Jamás se siembra la cebada en un terreno susceptible de riego (2). Se le da una primera labor muy superficial: se arroja la semilla al aire: se cierra el surco, un mes mas tarde se sacha, y todo está hecho hasta el tiempo de la cosecha.

El mismo cultivo para el trigo. No conocen ni el rastro ni el rodillo. Como el arado no hace mas que desflorar la tierra y carece de ese ahuecamiento que la trasladaría suficiente para cubrir el grano, resulta que los pájaros hacen un estrago horrible, sin que se trate en manera alguna de conjurar esta plaga por medio de redes y trampas. La caza ni aun es una distracción en estos países de fatigoso tránsito y donde no se encuentran sino pichones y tórtolas. Nadie comería de estos pájaros que devoran los sembradíos y despojan los árboles frutales; así es que se multiplican con seguridad, no haciéndose mas que alejarlos á hondazos, cuando el maíz empieza á madurar.

Sir John Sinclair en su Código de agricultura (3) considera la alternación en el cultivo como el carácter mas eminente de una buena explotación rural; como el punto mas importante que haya sido tratado por los modernos escritores sobre la agricultura, y el en que han esparcido mas luz; como el medio de procurar un acrecentamiento considerable de los productos del suelo; como un constitutivo de lo que se puede llamar la esencia ó el alma de la agricultura; en una palabra, como

(1) Es notable observar cuánto se parecen los pueblos primitivos en sus métodos. El pasaje siguiente sacado de *le Siècle* (7 de setiembre de 1835), prueba que en nuestros dias los árabes no están mas adelantados que los indios de las cordilleras. « En cuanto al cultivo de los cereales, por el modo con que el árabe lo practica, vereis cuán pocos esfuerzos demanda. Suponed un vasto campo cubierto de malezas donde brota la yerba que renace en el otoño; al pasar el árabe deja caer en este campo inculto algunos granos de maíz, hecho esto toma un pequeño arado de madera y lo pasa y repasa á través de las malezas que respeta escrupulosamente. Esto es mas bien una remoción que sirve para cubrir la semilla y preservarla de la lluvia, que una verdadera labranza. Nada mas se hace hasta la cosecha.

(2) Los terrenos irregables están reservados como en tiempo del inca al cultivo del maíz.

(3) Enciclopedia del siglo XIX, tomo 4, pág. 77.

que forma en este orden la base de todo perfeccionamiento.

Aceptando los hechos precedentes y considerando que en Bolivia el descanso es poco menos que inusitado y casi desconocido el *assolement* (1); que las tierras se hallan solicitadas por un cultivo invariable; que el abono nunca restituye a la tierra los jugos anualmente aspirados por la planta producida; que el rompimiento del arado nunca traspasa sino una delgada capa vegetal; no es racional suponer que exista una riqueza vegetal latente, inexplorada hasta el día y cuya revelación solo espera los útiles de Europa, la aplicación inteligente, los abonos y la ciencia de la rotación agrícola?

(Se continuará.)

### Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda a las orillas del mar. — Los trajes encarnados. — Un inglés asegurado de incendios con toda su familia. — Un bañista escocés. — El valle de Renneville. — Tres sombreros elegantes. — Significados de la palabra *Bore*. — De las novedades actuales. — El género inglés y el género darsay. — Descripción del figurin de modas de este número.

¿Cómo se visten los elegantes que se pasean a las orillas del mar? Por la mañana llevan generalmente unos paletós cortos de franela de color, cuyo color dominante es el azul claro. Sin embargo, los hay encarnados también, y los que adoptan estos últimos lo adoptan con furor. Todas las partes del vestido entran en una sola unidad de colorido.

Ejemplo; blusa ó paletó encarnado, pantalon idem, medias idem, gorro idem, corbata idem. Un grupo de bañistas ataviados de esta manera se puede comparar muy bien con una fuente de cangrejos.

Me han contado en Fecamp donde resido, que el otro día un inglés seguido de sus cuatro hijos, jóvenes todos ellos de diez y seis a veinte y cuatro años, entró en una tienda de la calle principal de Dieppe pidiendo vestidos de circunstancias. ¿Qué color elegir? ¿Azul haiti, azul claro, ó oscuro?

— Yo quiero un vestido loco, dijo el jefe de la familia.

Después de algunas dificultades, el mercader logró comprender que loco quería decir de color de fuego. ¡Cinco vestidos encarnados! Era una cosa horrible.

Como el vendedor no tenía una colección tan abundante, quiso disuadir de su intento al inglés.

— Mílor, le dijo, un vestido encarnado es un capricho que agrada a la vista, pero cinco vestidos del mismo color, en la misma familia, parecería un incendio.

— Quizá podeis tener razón, dijo el inglés, pero vuestra objeción no me detiene, pues tanto mis hijos como yo estamos asegurados.

— Pues señor, siento no poder servirlos, dijo el mercader con amargura.

Generalmente las blusas son muy distintas en su corte, y presentan mucha variedad en el adorno. Todo es cuestión de gusto y de capricho; lo esencial es que no estén hechas por un sastre de medio pelo.

Todo vestido de viaje, de campo ó de sport debe estar cortado por tijeras inglesas ó por las manos de Huwann, el gran sastre artista por excelencia.

No son las prendas más pretenciosas las que sientan mejor y tienen un sello más distinguido. Todas las mañanas veo un supuesto dandy que se baña vestido de escocés. ¿Para qué ridiculizarse de ese modo?

Si yo escribiera una crónica marítima os hablaría de Fecamp y de sus inmediaciones que son un paraíso. Hay un valle que me agrada entre todos, y la razón se comprende: es el valle de Renneville. ¡Un sitio que lleva mi nombre y cuya existencia ignoraba! Este valle delicioso se extiende en tortuosas calles de canastillos de flores y de cuadros de verdura. Aquí y acullá hay casitas rústicas que dominan el mar. Por la noche una hermosa iluminación de gas resplandece en él como otros tantos faros; nada más pintoresco se puede forjar la imaginación de un poeta.

Entre nuestras lindas bañistas tenemos a Mlle de Tocqueville, que sabe llevar el sombrerito abarquillado con una gracia indecible. Hé aquí tres de sus sombreros:

El uno es de paja negra guarnecido de terciopelo negro con adorno de pluma malva que se desarrolla en espiral por detrás.

El otro es de paja de Italia guarnecido de terciopelo azul, con pluma azul alta y cascada de pluma azul cosida.

El último es de paja negra con pluma color de fuego y un gran penacho de pluma negra.

¡Qué encanto en la fisonomía y qué elegancia en toda la persona es preciso tener para llevar semejantes sombreros!

Madama de Tocqueville, a quien se podría tomar por hermana de su hija, nos ha enseñado una nueva palabra inglesa que se introduce actualmente en el gran mundo. Es la palabra *Bore* que significa enojo, contrariedad.

Una cosa que nos desagradaba mucho es un *bore*.

En el teatro, un cambio de función, un *bore*.

En la mesa, un asado que no está a punto, un *bore*.

Un mal vino que se quiere hacer pasar por bueno, un *bore*.

Hasta aquí las cosas, ahora las personas.

Un marido celoso, un *bore*.

Un caballero que en el ferro-carril planta los pies en los almohadones, un *bore*.

Un médico que llama las cosas por sus nombres, un *bore*.

Un gloton sin fortuna, un *bore*.

La mujer de un empleado destituido, un *bore*.

El hombre que siempre se chancea, *bore*.

(1) Hace algunos años que ensayan alternar el maíz con la cebada. El señor Unzueta, antiguo ministro y uno de los hombres distinguidos de Bolivia, ha introducido esta mejora en sus haciendas y están satisfechos de ella.

La mujer con talla de granadero, *bore*.

En fin, todo lector que no está contento con un buen artículo, un *bore*.

Pero ¿y las modas? se me preguntará; ¿qué novedades ofrecen?

Ninguna. Las señoras se visten hoy por vanidad; pero no sucede lo mismo con los caballeros, que si se atrevieran, no se vestirían.

Para campo los paletó-sacos están muy en favor. Se llevan cada vez más cortos, de tal manera, que un día nos vendremos a encontrar con que los dandys van de chaqueta como los niños de doce años.

Los sobretodos de entretiempo se hacen de dos modos muy distintos; el género inglés y el estilo Dorsay. El primero lleva tres costuras, y el género Dorsay ajusta por detrás.

Para paseo se usa la levita.

En cuanto a chalecos, el derecho y sin cuello es el que domina.

Hé aquí para concluir la descripción de los trajes que se ven en nuestro figurin de modas.

El primer personaje que está de espaldas lleva el traje de campo en toda la acepción de la palabra.

La jaqueta de lanilla ligera se distingue por un talle muy largo, y por la espalda muy ancha sin estar cortada al través. En los faldones lleva tres pliegues figurados. Los delanteros van de una pieza con el faldón; únicamente hay un embebido bajo los brazos. Las mangas son muy anchas y tienen una bocamanga figurada. No se cierra más que el botón de arriba del delantero.

Con esta jaqueta se lleva un chaleco derecho sin cuello, abotonado alto.

El pantalon tiene un vivo en la costura y cae derecho, como los pantalones actuales.

El segundo personaje lleva la misma jaqueta, aunque de color diferente, y esta vez vista por delante. Como vemos aquí, se puede abotonar ó descubrir el pecho; va guarnecida de bolsillos y el cuello es bajo y angosto.

El chaleco derecho y sin cuello se puede cerrar más ó menos alto.

Pantalon de mil rayas ancho y de caída natural, con botines de la misma tela.

La tercera figura lleva un paletó de tela de lana mezclilla gris. La hemos puesto de espalda para que se pueda formar juicio de su corte, y en efecto se ve que no existe ningún embebido al través de la cintura y que los delanteros van de una pieza con los costados y los faldones. Aunque el talle es corto, sin embargo la levita es bastante larga. Los faldones sin vuelo; las mangas anchas sin fruncidos arriba, y el cuello bajo y angosto.

La forma del chaleco varía con este traje; se suele hacer adecuado al pantalon. En cuanto a este último no hay que hablar de su corte, pues todos los pantalones son iguales.

El niño que está el último viste una linda chaquetilla de merino bronceado, chaleco de piqué y pantalon blanco.

La chaquetilla es larga y ajustada; está redondeada en su contorno y guarnecida sobre el pecho con tres hileras de botones.

Chaleco de chal y pantalon muy ancho.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### El oro del Rhin.

Hay ríos que llevan oro entre las arenas que arrancan al mar. El porqué nadie lo ha dicho aun; es quizá para pagar su entrada a las puertas del Océano. En este caso se debería creer que toman por precaución algunos granitos más para satisfacer la ambición de los mendigos escalonados en sus márgenes.

Hé aquí cómo ciertos ríos han cobrado desde muy antiguo la fama de llevar entre sus arenas granitos de oro. Después de haber atravesado los terrenos auríferos donde se encuentra este metal en el estado nativo, es decir, en pepitas, habrán dejado por acaso alguna barra en medio de los bancos de arena que se forman con las inundaciones, y como esta barra no llevaba la efigie de ningún soberano, y como por otra parte los aerolitos no se presentan jamás bajo esta forma, el afortunado mortal que hizo su descubrimiento, sospechó que el río, después de haberle arrancado de alguna mina subterránea, le había olvidado en la orilla.

Una vez confirmada esta previsión por el examen de ciertas arenas, tuvo principio la industria de los lavadores de oro. Sin embargo, este laboreo de minas movilizadas no se continuó con intrepidez, pues el oro de los ríos se halla difícilmente en razón a la suma tenuidad de los granitos. Además, ha sucedido una cosa muy sencilla, y es que no siendo inagotables las minas ó filones, así que estuvieron degradados por las corrientes, vino a faltar la cosecha, y casi se ha cesado ya de escarbar los ríos porque se supone que no arrastran nada, ó si traen algo está tan diseminado que el buscarlo sería muy costoso.

El Rhin, sin ser en esto un río de primer orden, es sin embargo uno de los más ricos vagabundos del continente. La tradición ha perpetuado a los lavadores en sus orillas, y si no se enriquecen, al menos ganan su subsistencia.

Veamos desde qué tiempo se lavan las arenas del Rhin.

Tácito no sospechaba semejante industria, pues dice hablando de los antiguos germanos «que no sabe si por desgracia ó por favor los dioses les negaron el oro y la plata.»

No obstante, en tiempo de los romanos hubo minas trabajadas en la alta Alsacia. Hasta se ha podido medir la profundidad de sus galerías; las unas tenían 200 to-

sas y las otras más de 1,200 pies (Santa María de las Minas, alto Rhin).

Por el lado badense estas señales de laboreo no existen, y ni siquiera se cita un sitio donde se hubiese intentado alguna prueba.

Pero hé aquí Plinio el Viejo, que supone que en su tiempo se sabía sacar el oro que contiene la arena de los ríos. No designa precisamente dónde están situados los ríos a que alude, pero es de presumir que el Rhin era uno de ellos.

Nonnus el mitógrafo que vivía en tiempo de Teodosio, emperador, por consiguiente en el quinto siglo, confirma el aserto de Plinio.

Finalmente el monge Otrifido de Weissemburg, discípulo del célebre Rhabanus Maurus, dice (en su traducción alemana de los Evangelios), hablando de los francos: «Explotan útilmente el cobre, el hierro y la plata, y saben sacar el oro que contienen las arenas.»

¿De dónde le viene el oro al Rhin? Sin duda alguna de sus afluentes que en su mayor parte tienen en altas montañas su nacimiento. Citemos el Aar, los arroyos que forman el Brisgau, el Murg y el Neckar. La patria común de todas estas corrientes de agua que entran en el Rhin y le aumentan, es la Selva Negra; por consiguiente, la Selva Negra suministra los granitos, pero ¿en dónde? ¿cuál es la cadena de montañas que recela el enorme filón de donde salen esos millones de chispas? Esto es lo que se ignora. No decimos que se ignorará siempre; mas ¿se debe desear que se descubra un día alguna rica mina, y que Forbach venga a ser el San Francisco de esa nueva California? No seguramente, bajo pena de no hallar en la Selva más que aficionados al precioso metal, y de ver a cada aldeano trasformando su choza en un laboratorio.

Mientras llega el primer día de esta nueva edad de oro del valle del Rhin se continúa la explotación del río mediante la lavadura de las arenas. Esta operación no se practica con algún resultado sino en un corto trecho del largo trayecto del río, y efectivamente, se comprende que no puede ser lucrativa sino abajo de las puntas donde confluyen las corrientes auríferas. Hé aquí porqué es muy raro hallar trabajadores más arriba de Kehl.

Los mejores cantones se encuentran a lo largo del río en el círculo medio del ducado de Baden, esto es, de Kehl a Linkenheim.

Los diques que se han puesto al río han contribuido sobremedera a empobrecer los resultados de la explotación. Cuando las aguas en tiempo de crecida podían extenderse por el valle, depositaban en ciertos puntos verdaderos bancos de arena, y la riqueza de estos aluviones silicosos era proporcionada naturalmente a la cantidad de terrenos auríferos que los arroyuelos aumentados habían podido arrastrar. En el día los lavadores de oro rara vez pueden contar con un desastre tan beneficioso para ellos. La arena deja rara vez el río cuya profundidad se aumenta forzosamente, y el oro arrastrado por la corriente se va al mar.

Se había supuesto que las arenas más ricas son las que forman las capas subfluviales más profundas, pero la experiencia hasta el año último ha venido a desmentir esta opinión. El casquijo sacado del río a medida que se ponían los cimientos del gran puente, fué lavado y no dió un resultado satisfactorio. Los lavadores de Kehl que pudieron aprovechar las arenas sacadas por la pala de una profundidad de 20 metros, las hallaron más pobres que las capas que forman los pequeños bancos sobre el nivel ordinario de las aguas.

¿En qué consiste el trabajo de los lavadores de oro? Es raro que bajando el Rhin no se encuentren algunos de sus talleres al aire libre. Visto a una distancia de algunos centenares de metros, cada grupo de trabajadores tiene algo de confuso y melancólico; no se adivina qué pueden hacer esos pigmeos, ora en los flancos del gran río, ora encallados, casi perdidos en los islotes que asoman por su superficie.

Nada más mezquino que esos puntos que se agitan en un cuadro tan vasto para arrancar algunos florines al gigante que lleva millones a sus pies.

Tres hombres bastan para las manipulaciones preliminares de la arena, de la que sacan los granitos de oro. En cuanto al material es muy sencillo: un carretón, un zarzo, algunos cubos y horteras, hé ahí todo lo que se necesita.

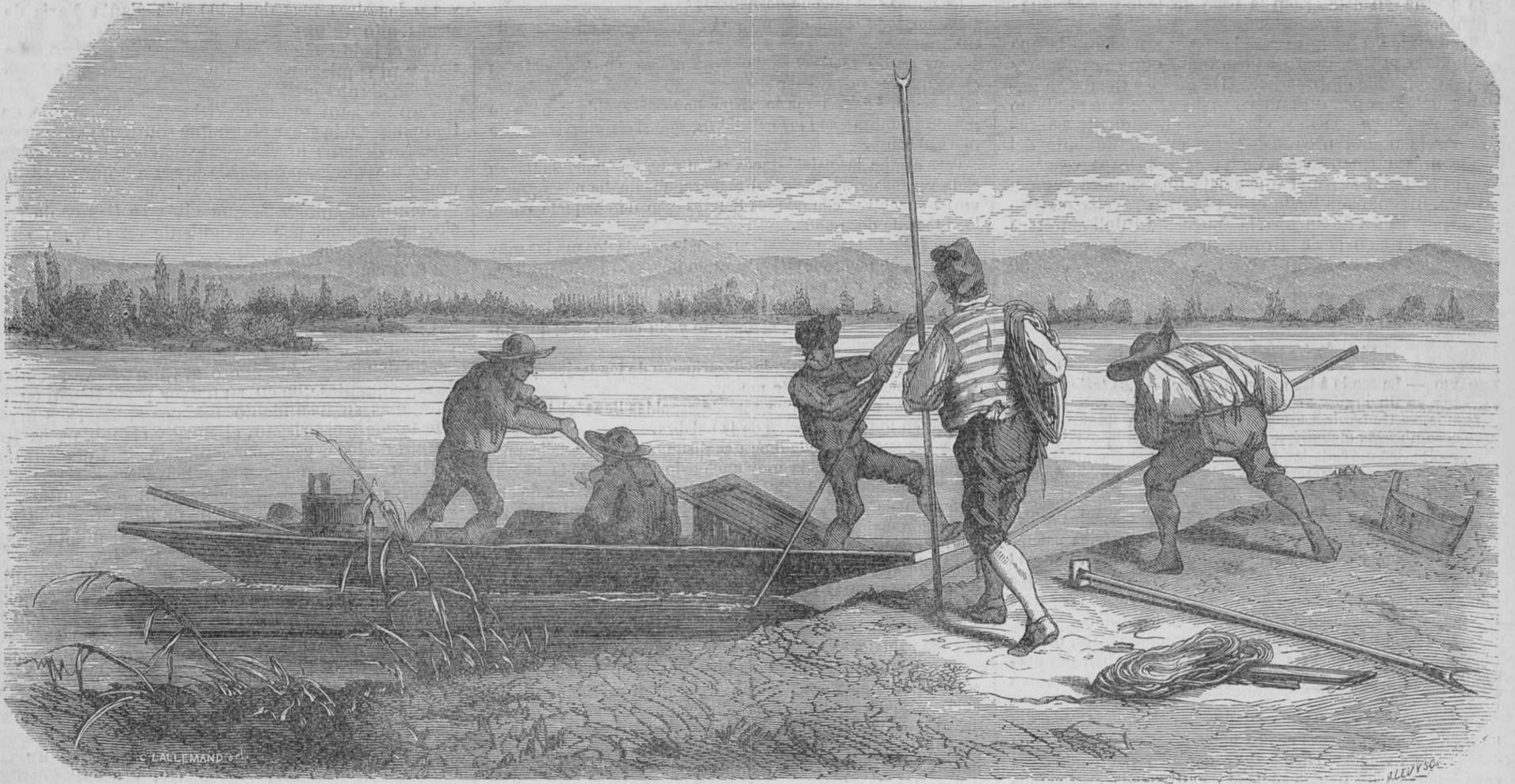
Uno de los tres obreros transporta la arena del barco donde se ha emprendido el laboreo, hasta el primer lavador que separa sobre el zarzo los guijarros más gruesos. El mismo obrero recoge la arena que ha pasado, y mezclada con mucha agua la vierte en la parte inferior del zarzo que cubre en ese sitio con un lienzo, un paño tosco ó una pelleja. La arena más menuda y al mismo tiempo las partículas de oro que hay con ella, se pegan al pelo del paño ó a las imperceptibles arrugas de lienzo.

El tercer trabajador recoge este lienzo ó este paño, y con una buena lavadura le quita cuidadosamente todas las preciosas partículas de arena aurífera.

Aquí concluye el trabajo de los lavadores; la arena preparada así constituye una especie de lodo que se trata más tarde por la *amalgamación* (extracción del oro por el mercurio). El oro extraído se envía ordinariamente a Carlsruhe al vigilante de los obreros lavadores, ó a plateros que están encargados de purificarle.

En ciertas circunstancias el Estado que posee *gruend* ó bancos de arena dejados por las avenidas de las aguas, permite su laboreo a cada habitante de un lugar, con varias condiciones.

Cada corona de oro se paga ordinariamente cinco florines a los lavadores. Es difícil imaginarse la enorme



EL ORO DEL RHIN. — EMBARQUE DE LOS LAVADORES DE ORO.

cantidad de arena que hay que remover para ganar esa suma; se puede formar idea calculando que un kiló de oro se halla diseminado en 7.000,000 de kilós de arena aurífera.

El producto varia cada año. De 1812 á 1820 el término medio fué de 948 coronas, en tanto que la temporada

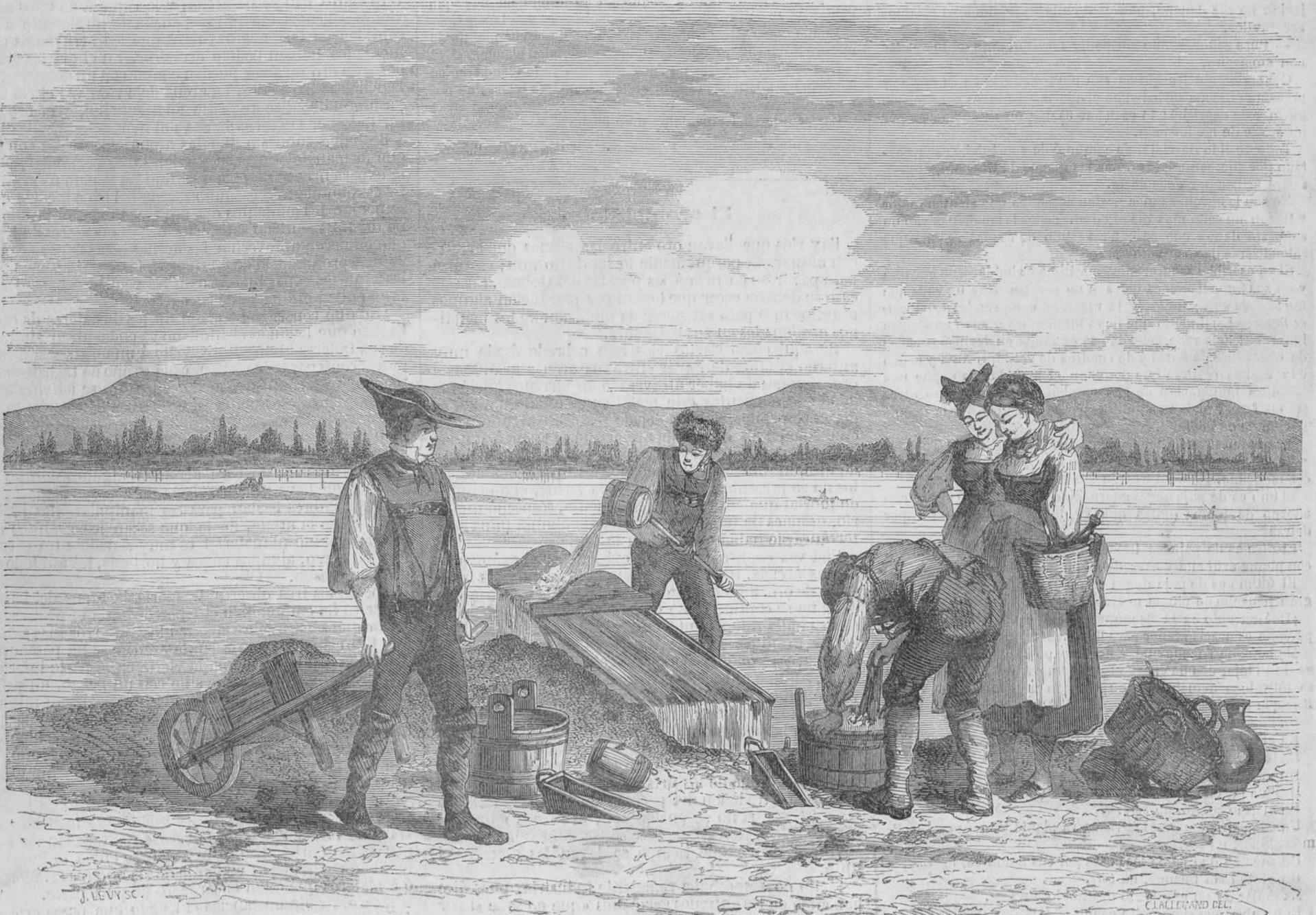
de 1822 dió 1,117 coronas. — En la temporada de 1820 á 1821 ciento treinta y dos personas ganaron 8,131 florines 38 kreutzers.

Con el oro extraído como hemos dicho, se han acuñado ducados muy raros, llamados *ducados del Rhin*, y que se buscan mucho por la ley que tiene el oro.

No es de extrañar que en presencia de esta cifra de producción se haya abandonado, digámoslo así, el laboreo de las minas del Rhin.

Actualmente la tierra que de veras da el oro es la Australia; hay hombres que han encontrado allí pepitas de 100 libras.

L. L.



LAVADURA DE LA ARENA AURIFERA.